

LA REALIDAD ES PURO CUENTO

LA REALIDAD ES PURO CUENTO

Henry E. Jones G.

Contenido

CUENTOS DE AMOR, SERENIDAD Y VIDA	
El cuento perfecto	11
El arcano anciano	15
Simón	21
Buenas amigas	23
La meditación mayor	30
Un día cualquiera.....	33
El pujo.....	37
El fantasma	45
Los inteligentes	47
Luz de luna	55
La palabra	62
Refugiados.....	66
El robo	70
Calma interior	77

CUENTOS DE AMOR, VIOLENCIA Y MUERTE

Tiempos de violencia	81
El innostrado	84
Paco y María	87
Primer amor	91
Tú, mi linda negra de hace mucho tiempo	97
Adreimatupal	103
Libertad definitiva.....	109
Saborear el amor	111
La espera.....	112
El buen descanso.....	120
El pacto	131
Te mataré.....	137
Sabor a Dios	147

cuentos de amor,
serenidad y vida

EL CUENTO PERFECTO

Al despertar ese sábado y ver a través de la ventana el azul del cielo como telón sobre el cual se proyectaban las ramas de la acacia, lo invadió el pensamiento preciso y sintió un íntimo regocijo al comprender que ese era el día por tantos años esperado.

Se levantó, tomó su baño y se vistió. Tendió su cama y organizó su habitación. Saboreó el café que había preparado. Todo lo hizo con lentitud pues quería confirmar que ese regocijo no fuera una simple sensación pasajera.

Por su mente pasaron muchos recuerdos: los talleres de cuento con Manuel Mejía Vallejo y sus remates en noches de bohemia, las tertulias poéticas con Amanda Velásquez y otros escritores, las conferencias que sobre muchos escritores había dictado, pero especialmente recordó aquella noche, cuando apenas tenía diez y nueve años y empezaba a salir con María, cuando le prometió que algún día escribiría un cuento que, comprendiendo todos los aspectos de lo humano, dejara a quienes lo leyeran la máxima lección de vida.

En la soledad de su casa en la montaña, los ojos le brillaron cuando recordó cómo María le fijó su mirada color de ámbar y acercando lentamente su rostro le dio el primer beso, cuya calidez fue la llave para ese profundo amor que como pocos, esos que parecen ser sólo de novelas o de cuentos de fantasía, duró toda una vida.

Desde entonces Juan empezó a leer mucho. En las noches, en fines de semana y en todos los ratos que su trabajo como vendedor de libros le dejaba. Leyó toda la obra publicada, y hasta algo de la no publicada, de muchos escritores. Por sus ojos pasaron hacia el interior de su mente lo escrito por Steinbeck, Balzac, Cervantes, Chejov, Shakespeare, Dostoievsky, Hemingway, Kafka, Hesse, Moravia, Cortázar, Borges, Camus y Tolstoi. Pero también las obras de autores nacionales como Carrasquilla, García Márquez, Mejía Vallejo, Cepeda Samudio, Efe Gómez y tantos otros. Conoció personalmente a muchos de ellos. Estuvo paseando en varias ocasiones con Miguel Ángel Asturias. Se hizo amigo de toda la familia de Vargas Llosa, con la que intercambió cartas por aproximadamente veinte años. Fue el primero en recibir muchos de los escritos de Borges, pues María Kodama se los mandaba antes de que fueran publicados; y con orgullo aseguraba que ella se los enviaba “apenas Jorge Luis se los dictaba”. Acompañó a Pablo Neruda en su lecho de muerte. Quería aprender de todos, para cuando se sentara a escribir, escribir el cuento más perfecto de cuantos se hubieran escrito.

Con su trabajo y con tanta lectura apenas le quedaba tiempo para compartir con María, con quien se había casado dos años más tarde. Tuvieron cuatro hijos: Juan, María, Pedro y Teresa; hijos que, bien se puede asegurar, prácticamente crio y educó ella sola.

Mientras tanto, Juan leía mucho. Repetía sus lecturas, las estudiaba detenidamente, se las aprendía de memoria. Su capacidad para memorizar textos lo enorgullecía. Se sabía de memoria muchos cuentos, entre ellos “El machete”, de Julio Posada, del cual le había dicho Asturias que era el mejor cuento de la literatura latinoamericana; “El cielo cerrado”, de Mejía Vallejo;

“el Uno y el Otro”, de Moravia y “El ahogado más hermoso del mundo” de García Márquez. Pero también se aprendió cerca de un millar de poemas, lo que le significó un repertorio muy amplio que pudo compartir durante esa innumerable cantidad de veladas, en las cuales su voz recia y melodiosa hacía que todos lo escucharan. En cada una de sus conferencias hubiera podido repetir de memoria, si lo hubiera querido, capítulos enteros de las obras del autor sobre el cual hablaba.

Los años fueron pasando, uno tras otro, en ese continuo fluir del tiempo. Los hijos crecieron y también uno tras otro se fueron marchando de la casa a construir sus propios hogares. Juan pudo comprar la cabaña en la montaña donde vivió con María durante diez años. Un año atrás ella había muerto de un infarto súbito. Lo que más lo entristeció fue que no hubiera podido conocer aquel cuento, obra sublime que ya tenía prácticamente grabada en su cerebro. A través de los años lo había ido construyendo. Tenía memorizada cada una de sus frases sin que hubiera escrito una sola palabra. Sabía que pronto lo terminaría. Y esa mañana mientras miraba el azul del cielo a través de las hojas de la acacia, encontró la frase precisa para finalizarlo, la cual resumía toda la lección de vida que quería expresar en él.

Cuando terminó el café, puso en un vaso hexagonal unos cubos de hielo y le agregó un poco de ron añejo. Buscó en el escritorio la pluma que había guardado desde hacía cuarenta años para escribir su cuento. Junto a ella encontró el frasco de tinta que había comprado al mismo tiempo. Lo sacudió y comprobó que la tinta, extrañamente, no estaba seca. Se sentó entonces en ese escritorio de madera, donde tanto había leído. Divisó a través de la amplia ventana los bosques de pino y las montañas del otro

lado del cañón, que tanto placer visual le proporcionaron a María. Bebió un trago de ron brindando por la naturaleza y por la vida.

Sacó una hoja de papel de altísima calidad. Tomó la pluma en su arrugada mano de sesenta y ocho años de trajinar la vida. Y empezó a escribir. Lentamente, con su estilo gótico, disfrutando cada letra. Cuando iba terminando la primera línea sintió un fuerte dolor en la cabeza. Luego un mareo y los ojos se le nublaron. Su tronco se dobló y la cabeza cayó pesadamente sobre la hoja de papel.

Al día siguiente su hijo Pedro que llegó a visitarlo, al ver que nadie respondía a su llamado a la puerta, quebró el vidrio de una ventana y entró por ella. Lo encontró muerto. Al levantarle la cabeza, en la angustiosa y profunda tristeza, sus ojos se detuvieron en el escrito bruscamente interrumpido, el cual, con una elegante letra manuscrita, decía: "Cada suceso tiene su propio y exacto tiempo, y cada cosa".

EL ARCANO ANCIANO

En ningún momento imaginamos lo que íbamos a encontrar. Sabíamos que era la escalada más difícil de todas cuanto habíamos afrontado. Seguramente la idea de la muerte pasó fugazmente a través de la mente de cada uno de nosotros en varios de los trechos de roca que tuvimos que escalar. En seis días ya nos habíamos acercado suficientemente a la cumbre.

Iniciamos la jornada del séptimo día con la meta de llegar a ella. El majestuoso paisaje de nieve y roca nunca antes había sido pisado por alguien. El último pequeño valle por donde pasamos se veía abajo, a unos quinientos metros, como una enorme alfombra blanca. En el horizonte se observaban otras cumbres nevadas, pero no se alcanzaba a ver en parte alguna un ser humano o una planta.

Conformada la cordada iniciamos la escalada de ese último tramo. Jaime adelante buscaba detenidamente las pocas grietas que la roca nos brindaba y puso en ellas los empotradores, pequeños trozos metálicos de diversas formas, de los cuales salen unos cordeles cortos, de donde finalmente pendían nuestras vidas. Sabíamos que el riesgo de perderlas estaba a cada paso. Pero ya nos habíamos acostumbrado al reto de las alturas. La búsqueda de la íntima satisfacción del objetivo cumplido, la sensación de absoluta libertad en los espacios abiertos de las cimas, nos habían unido durante varios años. Cuando uno cualquiera de los tres,

avanzaba, confiaba plenamente en el agarre firme que los otros dos debían de tener, quietos, aferrados a la montaña, para que la cuerda que nos unía pudiera servir de cuerda salvadora, en caso de caer al vacío.

Durante siete horas, concentrados en cada uno de nuestros movimientos, avanzamos hacia la cúspide. Al llegar a ella observamos una pequeña meseta de nieve de color amarillo brillante, de un reverberar tal que si no hubiera sido por nuestros anteojos oscuros, en tres minutos nos hubiéramos quedado ciegos.

Un pequeño montículo, de forma piramidal, emergía en medio de ella. Y en él, una cueva.

Avanzamos lentamente por el suspenso y no por la fatiga, pues ésta no la sentíamos. Una extraña energía inundaba el ambiente. Al llegar a la gruta quedamos perplejos.

- Una bonita jornada habéis realizado - dijo con voz ronca y fuerte el anciano que se encontraba dentro de la cueva.

- ¿Quién es usted? - se apresuró a preguntar Gustavo.

- Nunca antes alguien había venido aquí - prosiguió el anciano haciendo caso omiso a la pregunta.

- ¿Quién es usted? - insistió Gustavo.

Y el viejo, fijando los cálidos ojos en los inquisidores ojos de Gustavo, quien se había levantado los anteojos por un instante, le respondió:

- Pasado, presente, futuro. Eso soy.

Reinó un breve silencio. Seguramente Gustavo y Jaime estaban tratando, como yo, de interpretar la respuesta. Pero él continuó:

- Pero no hablemos de mí, de por qué estoy aquí, de lo que hago. Hablemos de ustedes.

Y empezó a preguntarnos sobre nuestras vidas, sobre las metas que teníamos, sobre los retos que nos fijábamos, sobre el disfrute o no de la misma vida, sobre la pasión por lo que hacemos y sobre muchas otras cosas más.

Por momentos me parecía que estaba hablando con un fantasma. Con disimulo me acercaba y lo tocaba. Lo hice varias veces. Puro calor humano. Pero... ¿qué hacía allí? ¿Cómo había llegado? ¿Cuándo? Mi infalible lógica se apresuraba a responderme que ese mismo día, pues no veía vestigios de comida, ni de ropa, ni de lecho.

- "¡Qué misterioso anciano!", pensaba para mis adentros mientras la conversación continuaba.

Cuadro extraño el que conformábamos bajo la insólita luminosidad de la cueva. El sayal blanco y la sencillez del anciano contrastaban con nuestras abultadas ropas, con nuestro equipo de montaña: pasamontañas, cuerdas, mosquetones, cordinos y demás elementos. Sentados en cuatro rocas parecíamos figuras surgidas de un cuento de hadas.

Pasado un rato, Jaime se levantó a inspeccionar las paredes de la cueva. Entonces observamos el polvillo amarillento que había quedado en su pantalón al derretirse la nieve.

- ¡Mira, Jaime, el brillo de ese polvo en tu pantalón! - me apresuré a decir.

- Es oro - dijo el viejo -. Toda la cumbre tiene oro.

- ¡Entonces seremos ricos! - dije instintivamente.

- Ya lo sois - agregó el anciano.

Un brillo especial iluminó los rostros de Gustavo y Jaime. Y seguramente el mío.

En su pesquisa, Jaime descubrió que, cubierta por la nieve, había una puerta de roca delgada en la entrada de la cueva.

- Señor... ¿esta puerta puede cerrarse?
- Sí. Si queréis, cerradla. Pero os aconsejo que estéis todos afuera.

Los tres nos miramos, cómplices en la curiosidad, con esa mirada aprobatoria que ya nos conocíamos. Uno tras otro fuimos saliendo. Quitamos la nieve que la cubría y antes de mover la puerta, intrigado, pregunté:

- Señor... ¿seguro que no hay ningún problema?
- No, no lo hay - respondió amablemente.

Y procedimos a cerrarla.

La sensación de estar flotando en un líquido en el interior de mi madre, mi primer grito, las clases en la universidad, el primer beso a la primera mujer que amé y los besos a todas las que he amado, los largos ratos pasados en mi cuna de bebé, los juegos callejeros, los tantos momentos placenteros y los tristes también; millones y millones de instantes se agolpaban en mi cerebro, en todo mi cuerpo y sentí como si los estuviera viviendo todos de nuevo.

No sé cuánto duró esa confusión interna. Recuerdo que observé que Jaime intentaba abrir la puerta y le ayudé hasta que pudimos hacerlo. La mezcla de instantes desapareció.

En el fondo de la cueva el anciano continuaba sentado, impasible. Pregunté a Jaime en voz baja:

- ¿Sentiste eso?
- ¿El caos de momentos? - preguntó él.
- ¡Sí! ¡Eso!

- Sí - asintió en tono pensativo.

Recordé que algunos dicen que cuando uno muere vienen a la mente todos los recuerdos. Pensé entonces que estábamos muertos.

Le contamos al anciano lo que habíamos sentido. Se limitó a sonreír. Y nos clavó una de esas miradas de condescendencia que tanto incomodan.

- Son las tres - dijo Gustavo -, es hora de que bajemos. Señor... ¿viene con nosotros?

- No, muchachos, yo me quedo.

- ¿Y cómo podrá soportar el frío? - preguntó Jaime.

- No se preocupen. Yo vivo aquí. Ya me he acostumbrado.

Preferimos no preguntar más. Aunque su voz era cálida, su figura infundía respeto, y no nos sentimos con la confianza suficiente de indagar más sobre su vida.

En una bolsa plástica empecé a recoger un poco del polvo de oro, o mejor dicho, todo cuanto podía. Pero el anciano mirándome muy serio, me preguntó:

- ¿Qué haces, Henry?

- Recojo un poco de oro.

- ¡Déjalo! - me ordenó suavemente - Ya tienes tu mayor tesoro: tu vida. Aprovéchala. No dejes pasar inútilmente el tiempo.

No puedo negar que dude en hacerlo, pero finalmente vacié la bolsa. Preparamos el equipo. Nos despedimos del anciano, quien nos solicitó que guardáramos el secreto de su existencia allí. Se lo prometimos. E iniciamos el descenso.

Cinco días después llegamos al primer caserío. La gente todavía comentaba el extraño y colectivo suceso del sábado anterior a las dos y

cuarenta y cinco minutos de la tarde. Durante meses la prensa internacional habló de ello, pues ese sábado a la misma hora, todos los seres humanos, y posiblemente los animales y las plantas (no lo sabemos) tuvieron la sensación de estar viviendo todos y cada uno de sus particulares momentos.

Físicos, psicólogos, parapsicólogos, médicos. Todos trataron de explicar el fenómeno. Poco a poco el incidente fue quedando en el olvido. Solamente libros especializados en fenómenos paranormales hacen mención de ello.

Han pasado muchos años. Jaime y Gustavo están muertos. Aunque no os diga dónde, porque debo guardar el secreto, puedo decir que en una montaña muy alta, está el anciano ordenador de momentos, fuente de esto inefable, tal vez absurdo, que llamamos Tiempo.

SIMÓN

Para ser sinceros, no sabemos a ciencia cierta qué pasó con Simón. Se fue con el mismo misterio con que vivió. Desde pequeño aprendió a esconderse debajo de las camas, en los closets, detrás de las puertas, en el canasto grande de la ropa y hasta en los cajones, con tal de que no lo vieran. Cuando alguien que no fuera de su familia lo lograba ver, un color rojo escarlata iluminaba su cabeza. Era de muy buena presencia, pero siempre andaba fugitivo de las miradas curiosas, como si observándolo le pudieran robar el alma, sus recuerdos, las palabras, o su misterio. Solamente sus padres y hermanos podían verlo. Ellos le enseñaron las primeras letras y le contaron del mundo que podía observar detrás de las ventanas o cuando se subía al techo a alimentar las palomas con las que enviaba mensajes a no sé qué vagos espectros. Ellos lo protegieron, pues a fuerza de vivir con él lo comprendieron.

A pesar del testimonio de algunos, que por azar pudimos verlo, la leyenda creció. Lo describieron como un hombre con alas negras y piernas con pezuñas de cerdo. Fue objeto de muchas historias y sirvió para asustar a los niños, para despertar la fantasía de jóvenes pintores y como base para largas conversaciones sobre genética, sobre fantasmas, sobre seres extraterrestres y sobre mil temas más.

Se fue. No se sabe para dónde. El día que cumplió los cuarenta y cinco años, sus padres - ya ancianos - fueron a felicitarlo a su cuarto. No lo

encontraron. Hallaron su poca ropa y varios millares de hojas escritas con sublimes versos, profundos ensayos, encantadores cuentos y una novela que ya figura entre las obras cumbres de la literatura universal.

Tal vez salió por la ventana y empezó a deambular por las calles. Pero no lo creemos. Probablemente extendió sus alas negras y emprendió el vuelo, o habiendo leído aquel voluminoso libro esotérico que encontraron bajo su cama, se esfumó como se esfuma el humo en dirección al cielo.

BUENAS AMIGAS

- ¿Quieres tener un hijo? - preguntó ella en tono afirmativo porque ya sabía la respuesta. Hacía un año exactamente, cuando empezaron a convivir, habían hablado de ello.

- Sabes que no se puede - respondió él con cierta nostalgia en los ojos.

Después de nacer su tercer hijo, en el desespero porque no tenía suficiente dinero para criarlos bien y los padres de los niños no le ayudaban, se hizo ligar las trompas.

- ¿Y si se pudiera?

- Con los tres tuyos me basta y me sobra.

- ¡Qué bah, Héctor! Dime la verdad - insistió ella mientras lo rodeaba con su pierna y su brazo izquierdo, sin que se salieran de la sábana roída.

Héctor, mirando el techo de paja apenas iluminado por la luz de la vela que se hallaba en la pequeña mesa al lado de la cama, y queriendo terminar la conversación, le respondió con un poco de impaciencia:

- ¡Sí! Pero no se puede.

Leonor sabía que había llegado el momento de presentar su propuesta. Aunque la había analizado detenidamente no pudo evitar sentirse incómoda, al tomar el aire de sabor marino y decir:

- ¿Y si lo tienes con Matilde, mi sobrina?

- ¡¿Qué?! - preguntó él con asombro, sorprendido por la pregunta.

- ¿Que si te gustaría tener un hijo con Matilde?

Ella sabía que a Héctor le agradaba Matilde. Con sus diez y ocho años, su piel color canela, el níveo brillo de sus dientes, sus uno setenta de estatura, su espontaneidad y alegría, Matilde era la mujer más bella y encantadora del caserío.

Se quedó pensativo. A la vez que una agradable ansiedad lo iba invadiendo, buscaba afanosamente qué decir.

- ¿Y por qué con ella?

- Porque te gusta

- ¿Tú qué sabes?

- No discutamos eso - dijo ella con suavidad -. Mi propuesta es que tengas un hijo con Matilde.

El corto silencio que siguió, en el cual se escuchaba sólo el canto de los grillos, fue interrumpido por él.

- ¿A ella le gustará tenerlo conmigo?

- Posiblemente.

No quiso mencionarlo, pero la idea se le había ocurrido cinco días antes, cuando conversó con Matilde mientras ésta la acompañaba a entregar un bulto de ropa que había lavado.

- Oye hija... ¿a ti no te gustan los hombres, que no te he visto saliendo con ninguno? - le preguntó Leonor, en aquella ocasión, con la confianza de una tía que solamente le lleva ocho años de edad a su sobrina.

- ¡Claro tía que me gustan! Lo que pasa es que no encuentro el que me embobe.

- Con tantos hombres que hay por ahí que se "mueren" por estar contigo.

- Sí, pero no son como a mí me gustan - dijo Matilde con cierta tristeza - . En cambio tú si eres afortunada. Tienes a Héctor que es un hombre muy bello, trabajador y muy bueno contigo.

- Algún día encontrarás uno así.

- ¡Dime dónde está y lo agarraré! - dijo Matilde alegremente mientras abría los brazos y los cerraba como abrazando a alguien.

Héctor dio una palmada en el aire para matar uno de los zancudos que rondaban en el cuarto.

- ¿Y cómo podremos saberlo?

- Averígualo tú - dijo Leonor para obligarlo a buscar la manera de cómo conquistarla -. Puedo ayudarte invitándola más a menudo aquí a la casa.

- Y si resulta... ¿qué pasará con nosotros?

- Seguiremos viviendo juntos.

- ¿Y ella? ¿Y el hijo?

- Ya veremos - dijo Leonor lentamente con una apenas disimulada sonrisa.

Leonor comenzó a invitar más a menudo a su sobrina a casa. Inventaba cualquier disculpa para dejarlos solos.

Aunque existía la mutua atracción, Héctor no era el más experto conquistador de mujeres. Por ello tuvieron que pasar algo más de dos meses jugando dominó, arreglando el pescado sacado antes del amanecer, organizando la red, haciendo pequeñas reparaciones en casa, quitándole las pulgas a Capitán, conversando sobre cualquier tema mientras espantaban los zancudos, hasta aquella noche cuando Héctor, a la luz de la lámpara de petróleo que recién habían comprado, después de limpiarle la pequeña herida que se había hecho en un tobillo, a sabiendas que la

atracción mutua se había incrementado, se atrevió a acariciarle lentamente la pierna.

- Eres una mujer muy atractiva, Matilde.

Ella, con una sonrisa, dulcemente le respondió:

- Y tú, eres... encantador.

Lentamente, los rostros se acercaron y olvidándose de todo, las bocas se unieron con la emoción con la cual se reciben los sueños más anhelados.

- ¿Y Leonor?

- Se demora dos horas más. Está con los niños donde la comadre Juana en una reunión sobre el uso de tasas sanitarias.

El tiempo se convierte en una extraña mezcla de instante y eternidad cuando el amor se vive con intensidad. Sumergidos en él, los cuerpos de Matilde y Héctor pudieron expresar la ansiedad que los asfixiaba.

Matilde se marchó antes de que Leonor llegara. El camino de tierra amarilla estaba iluminado por la luz de la luna llena que se filtraba a través de los árboles. Con una linda sonrisa de gratitud a la vida, regresó a su casa.

Desde ese día las visitas se hicieron más frecuentes. Leonor se ausentaba con los niños esgrimiendo cualquier disculpa. Eso permitió que el amor entre Héctor y Matilde se incrementara, aunque el que sentía por Leonor no disminuía.

- Héctor, estoy muy preocupada - le dijo, Matilde, en una tarde lluviosa de Junio.

- ¿Por qué?

- No me viene la regla.

- ¿Estás preñada?
- Creo que sí - dijo con tono de tristeza
- ¡Epa! - gritó él de alegría, pero continuó al ver la expresión de ella -. ¿Y por qué te pones triste?, ¿No es lo más maravilloso que puede ocurrirnos?
- ¿Y mi tía? ¿Qué pensará ella?
- Con ella no habrá ningún problema.
- ¿Tú, crees eso?
- Sí. Ella estará de acuerdo - y después de pensarlo unos segundos agregó - Ella fue quien me insinuó que tuviera un hijo contigo.
- ¿Cómo? - exclamó sorprendida.

Héctor le contó todo. Eso solivió la preocupación de Matilde. De todas formas no era la única en la región que tendría un hijo de un tío.

El embarazo se confirmó. Acordaron que ella seguiría viviendo con su familia y que cuando naciera el hijo, decidirían qué hacer.

- Sí "seño", siempre he querido tener un hijo - le respondió Héctor a doña Estela, quien había llegado a pasar sus vacaciones de fin de año. Y agregó -. Y voy a tenerlo dentro de tres meses.

- ¿Cómo? ¿Y con quién vas a tenerlo si Leonor se operó hace dos años?

- Con su sobrina - le respondió él -. Fue Leonor quien me lo insinuó.

- Eso me parece muy extraño - dijo ella con lentitud y, reflexionando con su mentalidad de mujer del interior del país, agregó -. ¿No será que una vez tengas el bebé, Leonor tratará de deshacerse de su sobrina?

- No creo "seño", ella siempre me ha dicho que son muy buenas amigas - respondió él mientras iba a levantar la bomba con la que había estado pasando agua del pozo a los tanques ubicados en el techo de la casa.

Todos los años, en temporada de vacaciones, Héctor trabajaba en varias casas de veraneo, entre ellas la de los Estrada. Se conocían desde hacía muchos años y se tenían, mutuamente, mucha confianza. Doña Estela había sido siempre una buena consejera, por eso su comentario empezó a inquietarlo.

Mientras él corría desesperado hacia el sitio logró ver, a pesar de la oscuridad, a Leonor y Matilde peleando. El niño lloraba, tirado a un lado. A punto de llegar, vio que Leonor sacó un cuchillo, no alcanzó a observar de dónde, y lo clavó en el pecho de Matilde.

Se despertó sudoroso. En la oscuridad solamente se oía el canto de los grillos y el leve murmullo, lejano, del mar. Leonor estaba a su lado, desnuda.

- Leonor - la llamó.

- ¿Qué? - respondió medio dormida.

- Soñé que matabas a Matilde.

- Pero tú si sueñas bobadas. ¿Cómo se te ocurre? - le recriminó ella y agregó con cierta paz en la voz -. Ella y yo somos muy buenas amigas.

Le dio la espalda y siguió durmiendo. Héctor se quedó intranquilo en medio de la oscuridad hasta que por fin se durmió de nuevo.

En varias ocasiones tuvo sueños similares. Leonor envenenaba a Matilde. La tiraba de la panga y la abandonaba en medio del mar. La dejaba pérdida en un manglar. La metía en un hueco y la cubría de tierra. Y muchos sueños más de abandono y de muerte.

Convencido de que eran sueños premonitorios, no cesaba de indagarle a Leonor.

- Anoche tuve otra vez uno de esos sueños. Tengo miedo de que mates a Matilde.

- ¡No seas loco! ¿Cómo voy a matarla? - afirmaba ella un tanto ofuscada, para luego calmarse y añadir de nuevo, mientras esbozaba una maliciosa sonrisa que siempre dejaba intrigado a Héctor - Ella y yo somos muy buenas amigas.

Esos meses Héctor estuvo muy preocupado. Pero nunca le contó a Matilde sobre sus sueños para no inquietarla.

El niño nació en casa de la familia de Matilde. Teresa, su madre y hermana de Leonor, le atendió el parto. Héctor y Leonor estuvieron allí desde temprano. Al salir él, con temor, le preguntó:

- Y ahora ¿qué hacemos? - y de inmediato añadió -. A mí me gustaría vivir con mi hijo.

- Pues los llevaremos a vivir a nuestra casa - dijo ella con toda naturalidad.

- Entonces les construiré una pieza aparte.

- ¿Y para qué hacerlo? - le interrumpió Leonor -. El niño podrá dormir en el cuarto con mis hijos. Y ella, como nuestra cama es grande, podrá dormir con nosotros - Y añadió esgrimiendo una sensual sonrisa -. Nosotras somos muy buenas amigas y de ahora en adelante, lo seremos más...

LA MEDITACIÓN MAYOR

Se sentó, como tantas otras veces en la silla de madera. La semioscuridad reinaba en el cuarto. El olor a incienso se había impregnado, desde hacía mucho tiempo, en las paredes. Se quitó sus zapatos negros y los puso a un lado. Puso sus pies, con las medias puestas, sobre el cojín rojo que reposaba en el suelo. Apoyó sus brazos en los brazos de la silla. Cerró los ojos y empezó a relajarse. Primero relajó los pies, luego las pantorrillas, las piernas y así, en ascenso, cada una de las partes de su cuerpo. Deseaba hacer un viaje astral, como tantas otras veces lo había hecho. Vacío su mente. Unos instantes más tarde, después de la sensación de estiramiento en su cabeza, logró ver su cuerpo sentado en la silla y salió a recorrer el universo.

- ¡Mami! Tiene la puerta cerrada y no contesta - dijo la niña.

- ¡Qué raro! Lleva más de tres horas allá. Será que se fue y no nos dimos cuenta. Ven hija, aquí está la llave. Vamos a ver qué pasó.

Al abrir la puerta lo vieron ahí, impávido. Doña Juana se acercó en puntillas, para no interrumpir la meditación y asegurarse que respiraba. Constatado esto, se retiró tal como se había acercado.

Sin embargo, las horas siguieron pasando, y Tomás no regresaba de su viaje astral.

“Debe estar muy lejos”, pensó para sus adentros, aunque recordó las tantas veces que Tomás le recalaba que el espacio y el tiempo, cuando se realiza un viaje astral, no existen.

No se atrevía a despertarlo.

- Es peligroso - le dijo una vez.

Sin embargo, su inquietud iba en aumento a medida que pasaba el tiempo y transcurrió el primer día, vino el segundo y luego el tercero. Y él seguía, tal como en el primer día. Al cuarto decidió moverlo, aunque fuera para darle un poco de alimento.

Lo sintió frío, pero respiraba y tenía pulso, aunque muy lento. Él, seguía, concentrado. Decidió entonces llamar a algunos de los amigos del grupo de meditación.

- Esperemos. Si respira y su corazón está latiendo, aún está vivo - fue lo único que recibió como valiosa respuesta.

Cuando pasó una semana, se le ocurrió que sería mejor tenerlo acostado. Y llamó un grupo de vecinos para que le ayudaran a pasarlo, muy sigilosamente, a una cama. Pero los pies quedaban en posición de sentado. Boca arriba se veía ridículo, y de costado le estorbaba en la estrecha cama que tenían. Tres días más tarde decidió ponerlo de nuevo en la silla.

Al cabo de dos meses, la situación económica de la familia se fue complicando, a pesar de que él no requería ninguna clase de alimento y seguía tan rozagante como el primer día. Ella decidió buscar trabajo, pero no encontró dónde la recibieran. Nunca había trabajado y no era mucho, tampoco, lo que había estudiado.

- Mami - dijo la niña -, mis amiguitos pagarían por verlo. Eso me dijeron.

Ella no quería que nadie lo viera, pues no quería que después que despertara, la gente se burlara de él en la calle.

Sin embargo, después de que vinieron treinta hare Krisna, y que ni con su ruidosa música pudieron volverlo, decidió hacerlo.

Puso un letrero: " Doscientos pesos por ver al hombre de mejor concentración en el universo".

Unos pocos vecinos el primer día, bastantes visitantes el segundo, y como la voz corrió por toda la ciudad, multitudes llegaron los siguientes días a conocerlo.

- ¿El de mejor concentración? - comentaron maliciosamente algunos - . ¡Qué bah! Ese lo que está es durmiendo.

- Y por la noche le deben dar comida - comentaban otros.

Cuando ella oyó un comentario de estos, pegó debajo del ya existente, otro letrero. "Compruébelo usted mismo, venga por la noche por solo mil pesos".

Y fueron miles los que durante ese primer año fueron a constatar, ellos mismos, que era cierto.

Con el dinero que fueron recogiendo, se mudaron de casa, a una en un barrio elegante, y subieron las tarifas, pues empezaron a llegar muchos extranjeros.

Han pasado cincuenta años. Todos los nietos han crecido, han vivido cómodamente, han podido estudiar y algunos de ellos se han ido a especializar al extranjero, gracias a los visitantes que siguen llegando a verlo. Él no ha envejecido nada, continua tan rozagante como el primer día. El mes pasado nació el primer biznieta. Bien puede decirse que tiene su futuro económico asegurado. Ahora, la única preocupación que tiene la familia es que, de pronto, cuando menos lo esperen... ¡despierte el abuelo!

UN DÍA CUALQUIERA

Abrió los ojos y volvió a cerrarlos inmediatamente. La luz del sol, que entraba a través de la persiana, le molestaba. Volteó el rostro hacia la pared y los abrió de nuevo, esta vez, con mucha lentitud. Se dijo para sí mismo:

“Este día va a ser distinto. Ya no más perder tiempo. Sé que tengo capacidad para hacer cosas que realmente valgan la pena. Puedo escribir novelas que logren relevancia internacional o dirigir una gran empresa. Es más, hasta podría, si me pongo las pilas, llegar a presidente”.

Sonrió con la idea. Siempre había acariciado sueños de hacer cosas que consideraba importantes. Había logrado estudiar administración en una universidad, y esto, consideraba él, le daba cierta ventaja sobre mucha gente.

“Pero no debo desesperarme. Iré paso a paso. A partir de hoy no volveré a ser el mismo. Primero buscaré un trabajo en el cual tenga buenas perspectivas”.

Recordó a su amigo Álvaro, quien era el Director de Recursos Humanos de la empresa más importante de la ciudad. Mientras se restregaba los ojos y todo el rostro con las palmas de las manos, pensó:

“Hablaré con él. Y cuando tenga un puesto allí, no importa en lo que sea me dedicaré a trabajar fuerte hasta llegar a ser el presidente de ella. ¡Ahora si van a ver quién soy yo!

Estos pensamientos le dieron la energía suficiente para levantarse de la cama, y con enorme agilidad, a pesar del dolor de cabeza que sentía, se dirigió a la ducha.

Cuando terminó de arreglarse, tomó el teléfono y llamó a Álvaro.

- El doctor Álvaro Toro, por favor - dijo en un tono seco y serio.
- ¿De parte de quién? - preguntó la secretaria al otro lado del auricular.
- De Jorge Restrepo.
- ¿De qué empresa?
- No, de... - dudó en responder, pues no sabía qué decir.
- ¿Es particular? - sugirió en forma de pregunta la secretaria, para ayudarlo a salir del impase.

- Sí, sí. Es particular.

Entonces empezó la música. Quince segundos de grata música por teléfono, hasta que Álvaro respondió.

- ¡Alo!
- Hola Álvaro. Hablas con Jorge Restrepo.
- Jorge Restrepo... - dijo con lentitud tratando de acordarse quién era Jorge Restrepo.

- Sí. Compañeros de la Universidad.

- ¡Ah! Hombre, Jorge, ¿Cómo estás? Tanto tiempo sin vernos. ¿Qué hubo de tu vida?

- Pues para eso te llamaba Álvaro. Me puedes dar una cita que tengo un asunto que quiero proponerte.

- Vamos a ver... - como se quedó en silencio, Jorge imaginó que estaría revisando su agenda. Al parecer así era, pues fue Álvaro quien continuó diciendo -. ¿Puedes venir faltando un cuarto para las seis?

- Sí. Allá estaré - contestó con prontitud Jorge y agregó -. ¡Mil gracias, Álvaro!

- De nada - alcanzó a oír.

Colgó con satisfacción. No se había equivocado. Estaba seguro que siempre podría contar con su viejo amigo de la Universidad.

- ¿Y yo para qué me arreglé? - pensó. Y decidió ir a recostarse un rato a ver si se le pasaba el dolor de cabeza.

Tardó en dormirse pues su mente divagó por un buen tiempo en las maravillosas cosas que iba a hacer y cómo transformaría su vida.

A las cinco y cuarenta estuvo en la oficina de Álvaro. Charlaron un rato sobre las viejas anécdotas de la Universidad, hasta que Álvaro preguntó:

- ¿Y sigues con esas rascas que te pegabas en ese tiempo?

- No - se apresuró a contestar y a sabiendas que mentía, continuó-. Claro que de vez en cuando, sobre todo en fiestas me tomé un trago.

- Eso está bien - dijo Álvaro -. A propósito, si quieres nos vamos a tomar un traguito en el bar de la esquina y me cuentas el motivo de tu visita.

Así lo hicieron. Ya en el bar, con sendos aguardientes, Jorge se atrevió a hablar.

- Sabes, Álvaro, es que estoy buscando trabajo. Y me puse a analizar, dónde realmente me gustaría trabajar, y saqué como conclusión que la empresa más atractiva para mí es en la que tú trabajas.

Álvaro se quedó pensativo. Finalmente habló:

- ¡Qué vaina, Jorge! Me gustaría ayudarte. Pero ahora no estamos necesitando a nadie. Sin embargo, se puede presentar algo más tarde. Tráeme una hoja de vida y yo estaré pendiente.

- Bueno, está bien. Te la llevaré.

- Ahora, háblame de esa novia que tenías tan bonita - dijo Álvaro para cambiar de conversación.

Y siguieron charlando sobre los viejos tiempos. A las siete, Álvaro se despidió y Jorge decidió quedarse para tomarse unos tragos más. A las once de la noche salió de allí ebrio. Estaba seguro que Álvaro nunca lo llamaría.

En un taxi pudo llegar hasta el apartamento que le habían dejado sus padres y donde vivía solo.

Al acostarse se dijo a sí mismo. ¡Mañana sí, mañana será distinto!

EL PUJO

- Pues vas a tener que hacerlo -le dijo ella tratando de terminar la discusión y obligando a su esposo a que fuera, de una vez por todas, donde Adriana Torres, quien vivía a seis cuadras de allí-. ¿No te das cuenta de que es por la salud de tu hijo?

A regañadientes y sin saber claramente cómo iba a hacerlo, Esteban salió de la casa para cumplir la misión encomendada.

Carolina y Esteban habían tenido su primer hijo hacía dos meses y diez días. Un bebé muy blanco, como sus padres, quien seguramente sería rubio, "ojiclaro", como ellos y como la mayor parte de las personas de aquel frío pueblo.

Se podría decir que el bebé gozaba de perfecta salud. Sin embargo, desde hacía dos días, había comenzado a apretar con fuerza sus manitos y a tensionar todo su cuerpo, hasta que adquiría un color rojo intenso. Al principio lo hacía durante diez segundos, después durante veinte, luego un minuto entero, y ya estaba llegando hasta dos minutos cada vez que se tensionaba.

- ¡Eso es pujo! - afirmó doña Graciela, la vecina, una mujer de cincuenta años, de piel muy blanca y pelo negro recogido en forma de moña, quien ya era abuela y tenía amplia experiencia en la crianza de niños.

- ¿Qué es pujo?- preguntó Carolina.

- ¡Pues eso! - le respondió la primera, señalando con toda la mano el sitio donde se encontraba el bebé-. Los niños tensionan todo su cuerpo. Dicen que es el principio de la epilepsia. Y alguien me aseguró que puede romperse el corazón.

- ¿Y cómo se puede curar eso? -volvió a preguntar Carolina angustiada

- Pues, hija, hay que saber quién estuvo cargándolo recientemente.

- ¿Y por qué?

- Porque a los bebés les da pujo cuando los carga una mujer que está en embarazo.

- Pero a mi niño no lo ha cargado nadie recientemente -dijo con lentitud Carolina, mientras pensaba en las personas que en los últimos días habían ido a visitarla-. A excepción de doña Adriana que vino a fines de la semana pasada.

- ¿Doña Adriana, la esposa de don Enrique Arango?

- Sí, ella -asintió con rapidez.

- ¡Ella fue! -gritó doña Graciela como quien descubre a un criminal.

- Pero... ¿por qué? Ella no está embarazada. Me lo hubiera comentado.

- Es que apenas lo supo esta semana. Me lo contó doña Esperanza.

- Bueno... -dijo Carolina con preocupación-. ¿Y ahora... qué podemos hacer?

- Muy sencillo, hija -comentó doña Graciela con un aire de sabiduría que la tranquilizó-Basta que envuelva al bebé en una de las enaguas de doña Adriana o le ponga en la cabeza uno de sus calzones. Sea lo uno o lo otro, debe haber sido usado recientemente y estar sin lavar. Además, y normalmente es lo más complicado de conseguir, necesita envolver unos vellos de la zona genital de doña Adriana en papel de aluminio y después

de calentarlos un poco, los tiene que poner en el ombligo del bebé durante unos veinte minutos.

- ¿Y eso... sí es efectivo? -preguntó intrigada Carolina.

- ¡Es bendito! -respondió doña Graciela, moviendo su mano derecha para mostrar el círculo formado al unir su dedo pulgar con el índice.

- ¿Y cómo puedo yo conseguirlo? Esta pierna doblada no me deja salir a la calle -dijo Carolina como hablándose a sí misma. Y agregó:- ¿Podría usted ayudarme?

- Lo haría con mucho gusto, hija. Pero doña Adriana y yo tuvimos una discusión hace unos meses y desde eso no nos hablamos.

- No se preocupe -le manifestó Carolina-. Yo creo que podré conseguir lo que necesito. De todas formas le agradezco mucho porque ya sé qué tiene mi hijo y cómo puedo curarlo.

Doña Graciela se despidió y se dirigió a la puerta de salida. Al pasar frente al cuarto del bebé, caminó de puntillas para no despertarlo. Mientras tanto Carolina, pensativa, sentada en una silla en la cocina, observaba lo gracioso que se veía aquel voluminoso cuerpo caminando en esa forma.

Al rato llegó Esteban. Generalmente venía a la casa a eso de las doce y media. En su almacén de ropa de hombre, que quedaba en la plaza principal, dejaba a su ayudante mientras él almorzaba.

- ¡Hola, hija!

Hola, mijo! - le respondió ella mientras se levantaba.

Apoyada en la muleta, se dirigió a servirle la comida.

Cuando estaban almorzando, le comentó la conversación con doña Graciela.

- Como ves -le dijo a modo de conclusión-, si queremos que nuestro bebé se alivie vamos a tener que conseguir ya sea las enaguas o los calzones de doña Adriana, y unos vellos de esa parte tan íntima.

- ¿Y cómo conseguirlos? -preguntó él.

- He pensado que de pronto seas tú quien se lo explique y le pidas que venga para prestarme lo que necesito.

- ¡No hija! No creo que deba hacerlo -dijo él, muy turbado- ¿Qué pensará su marido?

- No tienes por qué decírselo cuando él esté allí -le objetó ella-. Ahora cuando acabes de almorzar puedes ir. Él trabaja en la hacienda Guayacanes y no regresa sino al final de la tarde. Además, cuanto más pronto le hagamos el tratamiento al bebé más rápidamente se le quitará ese pujo.

- Pero... -empezó él, buscando un pretexto para no tener que ir a solicitar aquello-. Me da vergüenza. ¡No quiero hacerlo!

- Pues vas a tener que hacerlo -insistió ella tratando de dar por terminada la discusión-. ¿No te das cuenta de que es por la salud de tu hijo?

No hablaron más. Aunque fuera a regañadientes, tuvo que salir a cumplir lo encomendado.

Mientras caminaba hacia la casa de doña Adriana, estuvo pensando diversas formas para lograr que ella fuera donde su esposa sin tener que darle toda la explicación. Una vez logrado esto, Carolina podría manifestarle lo que necesitaban.

Después de tocar en la alta puerta de madera, de color verde, esperó pacientemente a que alguien abriera. Hasta que apareció doña Adriana,

vestida de blanco, lo cual hacía relucir más su piel morena. Siempre había pensado que era una mujer bonita, pero ese día la vio particularmente bella.

- Buenas tardes -dijo él.

- Buenas tardes -respondió ella-. ¿Y qué es ese milagro?

- No, es que... -comenzó diciendo él en forma pausada para luego terminar con premura- Carolina la está necesitando para pedirle algo.

- Dígale que voy mañana por la mañana.

- Lo que pasa es que la necesita con urgencia.

- Pero ahora no puedo. Tengo que salir y regresaré muy tarde en la noche. ¿Usted sabe para qué es?

Al darse cuenta de que iba a tener que ser él quien explicara la situación directamente, sintió que un vaho de calor ascendió a su rostro. Aspiró profundamente y pensando cada palabra, le dijo:

- Mire señora, lo que pasa es que a mi hijo le dio pujo. Y doña Graciela nos dijo que eso les da a los niños cuando son cargados por una mujer embarazada. Además nos dijo que supo que usted estaba en embarazo. ¿Recuerda que estuvo en nuestra casa hace una semana?

- Sí - consintió ella, y agregó, mientras hacía un gesto pensativo y movía afirmativamente la cabeza-. Y estuve cargando un rato al bebé...

¡Eso es! - dijo él - Creemos que esa puede ser la causa.

- ¡Qué pena con ustedes don Esteban! -se apresuró a decir ella-. Yo en ese momento no sabía que estaba en embarazo. Es más, no sabía que eso pudiera dar pujo a un niño. ¿Y cómo puede curarse?

Esteban le comentó todo lo que doña Graciela había recomendado.

- A mí me da mucha pena -le dijo él realmente sonrosado y titubeando-, pero ne.. necesitamos unos cal... calzones suyos que estén sin lavar y unos ... ¡usted ya sabe!

-Pues los únicos calzones que tengo sin lavar son los que llevo puestos -dijo ella.

Y con toda espontaneidad, ante el asombro de Esteban, se levantó un poco la falda y se quitó los calzones, con la agilidad de una mujer delgada que apenas comienza su embarazo.

- ¡Aquí están! - le dijo mientras se los entregaba.

Esteban asombrado dudo un par de segundos en recibirlos, pero finalmente los cogió con su mano derecha.

- Y espéreme un momento don Esteban, yo me corto unos vellos -le solicitó mientras caminaba a la habitación más cercana.

Esteban se quedó parado en medio del zaguán, con los calzones en la mano y la mirada fija en la puerta por donde ella había desaparecido. En su mente quedó, firmemente grabada, la imagen de las dos bronceadas y sensuales piernas de esa mujer de veinticinco años, con un cuerpo que jamás él había soñado.

Un minuto después regresó con unos vellos crespos en la mano.

- ¿Esto es suficiente? -le preguntó.

- Yo creo que sí -se apresuró él a contestar.

- Téngalos un momento mientras yo busco algo en que empacarle todo.

Y volvió al interior de la casa. Esteban continuó como petrificado con los calzones en una mano y los vellos de la zona púbica en la otra.

Ella no tardó en regresar con dos pequeñas bolsas plásticas. Guardaron los calzones en una y los vellos en la otra.

- Bueno, yo creo que ya está todo -dijo él como despertándose de un sueño-. ¡Mil gracias! Y perdone la molestia.

- No es molestia alguna, don Esteban -dijo ella sonriendo, mostrando su brillante dentadura, pues se había dado cuenta de lo mucho que él estaba turbado-. Todo sea por el bien de su hijo.

Esteban se encaminó hacia su casa, pero en el camino decidió desviarse un poco y entrar al almacén. Saludó y se dirigió al cuarto que sirve de bodega. Tras cerrar la puerta, sacó los calzones de la bolsa y empezó a olerlos y a acariciar su rostro con ellos. En otra bolsa plástica guardó algunos de los vellos y la escondió al fondo del cajón donde almacenaba sus cuadernos de ventas. No se demoró mucho tiempo allí y siguió su camino hacia la casa.

Al llegar, Carolina se apresuró a hacerle el tratamiento al bebé. Al día siguiente dejó de pujar.

Pero desde entonces, Esteban se volvió cada día más ensimismado. Perdió entusiasmo por su trabajo. Salía del almacén varias veces al día para ir a caminar cerca de la casa de doña Adriana o a tomar cerveza en el bar que quedaba en la esquina. Siempre llevaba en el bolsillo de la camisa, cerca al corazón, la bolsita donde había guardado los vellos. Aunque la vio muchísimas veces, su conversación no pasaba del común saludo.

- Buenos días
- Buenos días
- Y su hijo... ¿cómo siguió?
- Muy bien. Muchas gracias.

En una ocasión, ella le dijo:

- Mi médico asegura que el pujo en los niños se debe al placer que les ocasiona el hacer fuerza. Que cuando ya se cansan de ese "juego" dejan de practicarlo sin que haya necesidad de aplicarles tratamiento alguno.

- Pero a mi hijo le dio resultado -le contestó él, sonrojado-. Al día siguiente ya se había curado.

- Pudo haber sido coincidencia -le repuso ella y esgrimió nuevamente su sensual sonrisa, mientras continuaba su camino.

El poder verla se le había vuelto una obsesión. Cinco meses después, cuando ya se le notaba el embarazo, ella y su marido se fueron a vivir a la capital del departamento.

Al día siguiente, cuando su esposa despertó, vio que su marido tenía las manos y la quijada apretada, todo el cuerpo tenso. Pensó en un ataque de epilepsia. Se puso una levantadora y corrió a llamar a su vecino, quien era médico.

Cuando él lo revisó, Esteban seguía tenso, sin aflojar ninguno de sus músculos. Ella preguntó angustiada:

- ¿Es epilepsia, doctor?

- No señora -respondió el médico sorprendido ante el caso- ¡Es pujo!

EL FANTASMA

Cuando tenía cerca de 14 años de edad, alguien me dijo que en una pequeña finca, cerca de la casa de mi familia en Medellín, era posible escuchar, a la medianoche, el ruido de una carroza tirada por un caballo. Para poder lograr captar el sonido era necesario estar un número impar de personas. Solamente una persona, tres años atrás había logrado ver un fantasma conduciendo la carroza. La leyenda decía que en esa finca, unos ciento treinta años atrás, habían asesinado a Mr. Houle, un extranjero, cuando llegaba a su casa arrastrando una carroza en la que traía, entre otras cosas, unos diez kilos de oro que había recogido el último mes, en la mina que lo atrajo a estas tierras.

Una noche decidí ir al lugar con dos amigos. Toda mi vida había soñado ver un fantasma. Llegamos al sitio alrededor de las once y media de la noche y nos escondimos en silencio detrás de unos pequeños arbustos. El cielo estaba nublado. En la oscuridad podíamos solamente oír el corto y misterioso sonido de un búho que se hallaba en un árbol cercano... Y el tiempo pasó lentamente...

De pronto, se oyó el ruido de la carroza. Miramos hacia el lugar de donde provenía. La blanca figura de un hombre que tiraba su caballo avanzaba por el campo. Decidí acercarme. Mis amigos permanecieron temerosos detrás de los arbustos.

Lo alcancé por detrás. Traté de tocar su espalda. Mi mano se enfrió. Pasó de largo por la nívea figura. Él se volteó y abrió los brazos para abarcar me con ellos. Un fuerte escalofrío pasó por mi cuerpo. El hombre con el caballo y la carroza desaparecieron.

El tiempo ha pasado. El incidente, que fue buen tema de conversación durante los siguientes meses, no volví luego casi nunca a mencionarlo.

Siempre pensé que mi vida había sido, lo que puede llamarse una vida normal. Ahora, no estoy seguro. Ayer, aquí en Montreal, vi una antigua casa que, aunque no había nunca estado en ella, sentí que conocía muy bien. No pude resistir la tentación de entrar. Toqué la puerta. Una anciana de vestido negro y de rostro dulce abrió. Le expliqué quién era y le solicité que me dejara ver la casa. Con una mirada extrañamente afable asintió y me dejó entrar. Por mi mente pasaron miles de momentos que, siendo niño, había vivido en ella. Supe, por la anciana, que desde hace casi dos siglos ésta ha sido la casa de la familia Houle.

LOS INTELIGENTES

Para celebrar su aniversario, el Consejo Directivo de la universidad decidió realizar una actividad especialísima: invitar a un grupo de diez inteligentes. Personas que habían estudiado en la universidad y que bien podían catalogarse como “inteligentes”.

- Bueno, la idea me gusta - dijo el rector, y agregó como preguntándose a sí mismo -, pero, quiénes pueden ser los invitados?

- Yo sé dónde hay uno - dijo uno de los participantes.

Antes de que alguien lanzará la normal pregunta: “¿Y quién es?”, otro de los participantes expresó en tono triunfante y con cierto orgullo:

- ¡Yo conozco a tres!

E inmediatamente varias manos se alzaron para señalar que ellos también conocían ex-alumnos inteligentes.

- ¡Bueno! Pero quiénes son y dónde podemos localizarlos? - preguntó el rector.

La lista de nombres comenzó a elaborarse. De quince nombres que se propusieron se seleccionaron diez. Todos ellos viviendo en el exterior.

- Un inteligente no permanece viviendo aquí - dijo alguien aludiendo al clima de violencia que reinaba en la ciudad, y en el país en general.

- Sería la primera muestra de estar perdiendo la inteligencia - bromeó otro.

Se escucharon entonces las tristes risas.

El evento fue anunciado a los cuatro vientos. Y los habitantes empezaron a hacer cábalas sobre cómo serían los inteligentes.

- Pienso que deben tener la cabeza el doble de grande que la nuestra - dijo alguien, mientras tomaba un café en un bar del centro de la ciudad, dialogando con un amigo sobre el tema.

- Puede ser... - dijo pensativo alguien que estaba en una mesa vecina y que alcanzó a oír la aseveración. Y agregó -. De lo que sí estoy seguro es que los ojos y las orejas las tienen más grandes, pues por ahí dicen que la vista y el oído son las puertas principales por donde entra el conocimiento. Y por ende, se desarrolla la inteligencia.

- Usted tiene razón - afirmó el amigo del primer interlocutor -. Y posiblemente fuera de tener los ojos grandes ya deben tener lentes, porque normalmente esa gente inteligente lee mucho.

- Habrá que verlos - dijo el primero -. Deben estar llegando entre sábado y domingo.

Así, por toda la ciudad, la gente estuvo hablando sobre el mismo tema. Se discutió mucho sobre la palabra inteligencia. Casi todo el mundo la buscó en los diccionarios: " f. Facultad de conocer, entender o comprender".

- Pero todos tenemos esa facultad - se atrevió a decir alguno.

- Sí, pero no la suficiente - le respondió inmediatamente otro.

- ¿Y quién lo dice?

- Pues la gente de la Universidad - le respondió el segundo y para no seguir discutiendo le agregó -. ¡Y ellos sí saben de eso!

No todas las discusiones fueron tan cortas. Porque muchos se dieron cuenta que la palabra "inteligencia" se utilizaba también como sinónimo de conocimiento, comprensión, entendimiento, talento, clarividencia, razón,

discernimiento, tino, caletre, chirumen, testa, entendederas, penetración, juicio, sagacidad, tacto, maña, habilidad, destreza, pericia, experiencia y tantas otras. Supieron que con “inteligencia” se quieren decir tantas cosas que finalmente no se sabe qué se quiere expresar cuando se emplea.

De todas formas el clima de curiosidad fue creciendo. Al ser tema necesario en toda conversación, terminó siendo el único programa recreativo para ese fin de semana: ir a ver a los inteligentes.

Como el aeropuerto quedaba a una hora, algunas agencias de viajes aprovecharon para armar un “paquete turístico” para ver a los inteligentes.

El hecho fue, que desde el sábado muy temprano hasta el domingo en la noche, el aeropuerto estuvo repleto de personas, que aprovechando el descanso laboral del fin de semana, se desplazaron allí para ver a los inteligentes a medida que llegaban.

Hubo orquesta de baile, chirimías, culebreros y copleros. Varias familias armaron carpas en terrenos aledaños al aeropuerto. El ambiente era propicio para continuar las discusiones y para aclarar algunas inquietudes familiares.

- Papi, pero tú me dijiste que yo era muy inteligente. - dijo un hijo a su padre en forma de reproche.

- Y lo eres, hijo. - dijo el padre lentamente, buscando como salir del embrollo. Cuando encontró una posible razón válida la soltó rápidamente -. Lo que pasa es que en la Universidad no te conocen.

Todos llegaron a distintas horas pues venían en diferentes aviones. El inteligente que más causó impresión, lógicamente, fue el primero. Bajito, peli indio, con bigote, con un rostro similar al de cualquier vecino de la esquina. Un tipo común y corriente.

- Ese debe ser la excepción - dijo alguno para tranquilizarse, a sabiendas de que toda regla tiene su excepción.

Pero a medida que fueron llegando los otros, la decepción fue creciendo. Los que esperaban cabezas grandes, ojos enormes y orejas de elefante, se quedaron perplejos. Los inteligentes resultaban ser seres parecidos a todos ellos. Y a todas ellas, porque de los diez invitados, cuatro eran mujeres.

- No ves mijo que nosotras también podemos ser inteligentes - le recalcó una señora a su marido. Y al parecer varias hicieron lo mismo.

El regreso dominical fue largo y tedioso, pues la multitud atiborró la carretera. El silencio era interrumpido por uno que otro comentario.

- ¡Deben ser unos pendejos iguales a nosotros!

- Habrá que ver qué dicen en las conferencias que programó la Universidad. Ojalá no salgan con cualquier bobada.

Durante toda esa semana, los escenarios donde los inteligentes dictaron sus conferencias, tuvieron lleno completo, por no decir, lleno y medio.

Hablaron de muchos temas. El matemático se dedicó a hablar de lógica algebraica y álgebra universal, resaltando los recientes resultados del cálculo proposicional y la lógica matemática. El psiquiatra realizó algunos talleres sobre epidemiología en salud mental. El economista, entre otros temas, compartió sus puntos de vista sobre los escenarios mundiales, la globalización económica y los desafíos a la ciencia y el conocimiento; mientras la economista comentó los efectos de las políticas de ajuste y apertura de mercados sobre la microempresa. La socióloga habló sobre los escenarios sociales y los escenarios imaginarios como dos dimensiones en

el análisis de la condición femenina. Y también sobre la organización sindical de las mujeres en América Latina. La ingeniera agrícola realizó un taller sobre los tejidos meristemáticos y analizó la investigación sobre obtención de la enzima a partir del hongo *Phanerochaete Chrysosporium*. El abogado expuso diversos temas relacionados con el orden jurídico internacional. La salubrista ahondó sobre la promoción y protección de la salud. Y los médicos, hermanos entre sí, tocaron temas como la terapia inmunológica del cáncer, la importancia de los metabolitos reactivos del nitrógeno y el avance de la biotecnología en las ciencias biomédicas.

- ¡Eh! ¡Es que sí saben mucho! - fue la frase que surgió de muchas bocas.

- Pero hablan muy enredado - comentaron muchos reconociendo intrínsecamente que era poco lo que habían entendido.

- Elemental y simple lo que dijeron - clamaron otros, tratando de que los demás los miraran como pertenecientes a la clase inteligente.

Las discusiones sobre el origen de la inteligencia fueron el tema central de las conversaciones en sitios públicos y en ambientes familiares. Y lógicamente en los programas de radio y televisión. Al eliminarse la posibilidad de que la inteligencia estuviera correlacionada con la figura anatómica, se revivió la arcaica discusión de la inteligencia como factor hereditario o impulsada por el medio. También las más recientes discusiones sobre la validez de los test para medir la inteligencia y sobre el verdadero valor de las investigaciones sobre gemelos y sobre mellizos, criados en el mismo ambiente o en ambientes diferentes.

Se hicieron claras ante la luz pública, las posiciones racistas y las posiciones radicales de diferencias de inteligencia entre las clases

sociales. Y los odios se acrecentaron. Lamentable decirlo, pero a raíz de las acaloradas discusiones hubo varias muertes. El nivel de violencia, ya de por sí alto, se fue elevando al paso de los días.

La época, de todas formas era una época especial. Aunque todavía no era el año dos mil, se clamó a los cuatro vientos, que por error de fechas en el calendario en ese septiembre, precisamente cuando los inteligentes estaban allí, se llegaba al año dos mil. Y los ocultistas proclamaron el advenimiento de una era de inteligencia. Los bioenergéticos afirmaron que al estar cerca de un inteligente podría uno adquirir la energía suficiente para convertirse poco a poco en un ser inteligente.

Los bancos de semen, al leer en la prensa que algunos bancos colegas en Estados Unidos guardan el semen de premios Nobel y de altas personalidades con miras a fertilizar luego a quienes puedan pagar el alto precio, vieron la posibilidad de montar un negocio similar.

- Usted - le propuso al matemático el director de la clínica genética -, ¿podría donarnos un poco de su semen para que podamos difundir en nuestro medio su inteligencia?

- Me gustaría - respondió él - pero ahora no tengo tiempo.

- Sáquelo - insistió el director -, nosotros se lo pagamos. Y bien pagado.

- Déjeme pensarlo.

A sabiendas que el director de la clínica iría a proponerles lo mismo a los otros hombres del grupo, habló con ellos. Se harían de rogar. Era la mejor manera para que el precio aumentara. Así comenzaron las negociaciones del esperma.

Pero a medida que pasaban los días, al finalizar cada conferencia eran más los que se acercaban al conferencista de turno y lo tocaban. Hasta la ocasión en que la ingeniera agrícola, al finalizar una de sus conferencias en la Universidad, fue abrazada fuertemente por uno de los estudiantes de ingeniería. Al ver esto, los otros asistentes corrieron a abrazarla para que se les transmitiera la energía. Ella cayó, y los estudiantes, cual jugadores de fútbol americano, formaron encima de ella un montículo de seres humanos. Sin embargo se retiraron rápidamente. Parece que colectivamente se dieron cuenta de la torpeza que estaban cometiendo. Ella quedó tendida en el suelo. No se sabe cómo quedó viva. Desmayada, con varias costillas quebradas y el pulmón perforado, la llevaron a la policlínica rápidamente.

A partir de ese momento, los inteligentes estuvieron rodeados de soldados para protegerlos. Esto no impidió que a uno de los médicos lo secuestraran. El jefe de la banda quería que su hija mayor quedara embarazada de uno de los inteligentes, para asegurarse la inteligencia a su nieto. Parece que lo lograron. Los demás miembros de la banda querían estar cerca para que se les pasara algo de inteligencia.

Cuando se presentó el secuestro, la Universidad decidió suspender todos los actos. Los otros inteligentes, protegidos por un batallón de más de cien soldados, huyeron de la ciudad y volvieron a los países donde cada uno trabajaba.

El nivel de violencia bajó a medida que el tema de la inteligencia pasaba a segundo plano y el de la violencia se convertía nuevamente en punto central de las conversaciones.

El clima de tensión bajó cuando al mes el médico fue liberado. Inmediatamente salió del país.

La ciudad volvió a su ritmo normal. Acostumbrada a olvidar todo, olvidó rápidamente el asunto de los inteligentes. Sin embargo, aquellos que presentían tener algo de inteligencia, no lo han olvidado. Lo ocultan, como sea posible, hasta que tienen la posibilidad de fugarse para otras tierras.

LUZ DE LUNA

Tal vez por llamarse así, Luisa Fernanda Luna, ella amaba esa gran fuente de luz nocturna. Su madre contaba que cuando Luisa era apenas una bebida y la sacaban de noche, fijaba su mirada en la luna mientras sonreía, y lloraba desesperadamente cuando ese cachito de luz se perdía detrás de alguna nube o de un techo o de la cabeza de su madre.

El estarla mirando continuamente, le sirvió a Luisa Fernanda para agudizar la vista. Por eso, como unos cuantos pocos han podido hacerlo, descubrió, a sus quince años, que cuando la luna está completamente llena, se vuelve un gigantesco espejo que muestra cuanto ocurre en la tierra.

Se lo contó a sus padres y a sus amigos, pero nadie le creyó.

- Se está deschavetando la muchacha - dijeron algunos entre sí.
- ¡Qué lástima! Y con lo bonita que es - comentaron otros.

Por ello decidió no seguir insistiendo en convencer a los demás. Pero todas las noches en que había luna llena se sentaba en el prado que queda en el costado de la iglesia, es decir, en todo el frente de la casa de su familia. Y miraba detenidamente todo lo que la luna le mostraba hasta que el cansancio la obligaba a entrar y acostarse.

Una de esas noches vio que un joven muy apuesto, en un país muy lejano, más allá de la mar, también observaba detenidamente la luna. Ella le guiño el ojo mientras se sonreía por lo que consideró un inútil gesto. Pero

quedó sorprendida cuando él también hizo lo mismo. Un poco curiosa movió la mano derecha como queriendo decir un amplio “hola”. Y el joven le respondió con el mismo movimiento. Luego, él le envió un beso. Pensó que muy posiblemente la había estado observando durante varias lunas llenas, y no pudo impedir el sonrojarse. Bajo los ojos, a sabiendas que él la contemplaba, pero se quedó allí rumiando qué hacer. Finalmente levantó su mirada para buscar el reflejo de aquel enamorado. Y con toda temura dio un beso en la palma de su mano y dirigiéndola a la luna lo sopló hacia su enamorado.

A partir de entonces, todas las noches de plenilunio se siguieron viendo. Como se comunicaban con gestos, el comportamiento de Luisa Fernanda causó extrañeza en todo el pueblo. Muchos se hacían a distancia para observarla. Pero sus amigos y amigas se sentaban a su lado y ella les iba contando lo que iba comunicando a su amado a través de gestos y lo que él le iba respondiendo.

Se volvió el espectáculo del pueblo cada veintiocho días. A Luisa Fernanda no le importaba. Sabía que la tildaban de loca, pero su amor por aquel joven de otro continente era más fuerte que cualquier crítica que le hicieran.

En una de esas noches lograron comunicarse sus direcciones. Fue grande la sorpresa de todos cuando a los pocos días llegó la primera carta. Venía de España, de un pequeño pueblo llamado Quintanilla. Domingo Valladares era quien la firmaba.

Y de esta forma, aquella hermosa muchacha, de tez bronceada y naricilla estilizada, con un cuerpo delgado con sensualidad latina, había

conseguido su primer novio, ante la incredulidad de muchos y la tristeza de otros que pensaban conquistarla.

Una año más tarde, en una de las cartas, Domingo le escribió a Luisa Fernanda: “Como no tenemos dinero para costear el viaje he decidido darte una sorpresa en la próxima luna llena. Observa con cuidado. Búscame en el campo que queda a ocho cuadras de mi casa”.

Cuando el día llegó Luisa Fernanda se ubicó, como siempre en el mismo sitio. Ya era poca la gente que la acompañaba pues se habían convencido que lo de ella no era una locura. Es más, a hurtadillas la mayor parte del pueblo buscaba un sitio, y tratando de no ser descubiertos miraban por largas horas la luna llena, con la esperanza de lograr la capacidad visual que Luisa Fernanda tenía y por qué no, tener un romance como el que ella había logrado. La esperanza de encontrar princesas o príncipes había tocado nuevamente el corazón de muchos.

- ¿Usted que hace ahí como una boba mirando la luna? - por todo el pueblo se oía el mismo regaño -. Vaya a estudiar que va a perder el año.

Pero luego los adultos se acomodaban a mirar también la luna. Y se dedicaban por largos ratos a tejer ensueños.

El día anunciado, cuando la luna apareció, poco a poco detrás de las montañas, a eso de las siete y media de la noche, ella buscó la imagen en el descomunal espejo. Observó que Domingo yacía en el suelo.

- Algo le ha pasado - pensó preocupada.

Y oyó una voz que le acarició al oído, con claro acento catalán, un “te quiero”.

- ¿Quién es? - exclamó con sorpresa mientras giraba la cabeza para buscar de dónde provenía la voz. Pero no halló a nadie.

- Soy yo, Domingo. He venido a visitarte.

Ella se quedó estupefacta. Sintió un leve escalofrío en el cuerpo. Y no pudo modular palabra.

- No te preocupes. Estoy bien. Allá ves mi cuerpo. Si afinas la mirada verás que estoy respirando.

Así lo hizo. Una breve exhalación señaló que el triste pensamiento que llenó su mente por un instante, había desaparecido. Cerró entonces los ojos para escuchar mejor la voz.

- Aprendí a salir de mi cuerpo y así, libre, poder venir a estar a tu lado. Es lo que llaman un viaje astral.

- ¿Y cómo puedo aprender a hacerlo? - interrumpió ella.

- Poco a poco te iré enseñando. Por el momento déjame que roce tu piel morena.

Comprendió entonces cuál era la causa del escalofrío que había sentido momentos antes. Sonrió, una placidez que nunca antes había sentido hizo vibrar cada parte de su cuerpo.

- ¿Te gusta? - preguntó él.

- Me encanta - respondió suavemente ella.

- Déjame estar en silencio contigo - dijo él.

Y así pasaron resbalando los minutos, uno tras otro, con un placer infinito.

- Debo volver.

- ¿Vendrás de nuevo?

- En la próxima luna llena.

- ¿Me enseñarás a hacerlo?

- Mañana mismo te enviaré por correo un texto con algunas indicaciones para que comiences a ejercitarte.

Diez días después llegó un documento de unas diez páginas dónde se explicaba el método más ágil para realizar viajes astrales. Y Luisa Fernanda empezó a entrenarse.

Pero salir del cuerpo no es fácil. Y por más que lo intentaba no lograba hacerlo.

- No te afanes. Relájate. Es fundamental que te relajes. - le decía Domingo cada vez que venía en luna llena a visitarla.

- Quiero poder viajar contigo - le decía Luisa con su tierna voz

Así pasó el tiempo. Entre cartas y visitas en noches de luna llena. Con la sensación de estar viviendo como protagonistas, de un cuento de hadas.

Cuando Luisa Fernanda cumplió los dieciocho años le extrañó que no le hubiera llegado ninguna tarjeta de Domingo.

- Debe ser que el correo se retrasó - dijo a su madre.

Y a los tres días, cuando la luna completó su círculo, lo buscó en él afanosamente. Más no lo encontró en el sitio de siempre. Su vista buscó la casa. Todo parecía normal. Se quedó observando.

Cinco minutos más tarde vio que salían varias personas y notó que las cuatro mujeres vestían de negro. Siguió buscando a Domingo, hasta que súbitamente escuchó su voz:

- No me busques, amor. He muerto.

- ¡¿Qué?! - exclamó ella angustiada.

- No importa. Ya estoy libre para estar contigo permanentemente.

Hablaron de su muerte. Al caer de un caballo, cuando a veloz galope gritaba el nombre de Luisa Fernanda por toda la campiña.

Cuando se desvistió para ponerse la pijama lo presintió rondando en la alcoba y nuevamente experimentó un escalofrío. Decidió quedarse desnuda. Y se acostó.

- Quiero salir de mí – dijo.
- No te apures, pueden pasar muchos años y aquí estaré contigo.

El cansancio pudo más que el deseo de estar conversando con Domingo. Sus ojos se fueron cerrando hasta caer en un profundo sueño.

De pronto ella se vio abajo. Su rostro emergiendo del relieve de la cobija. Pensó que estaba soñando. Vio el resplandor en un lado del cuarto y sintió que la voz que de allí emergía le decía:

- Has salido.

Sintió un poco de miedo.

- Tranquila. Puedes regresar cuando tú quieras - dijo con suavidad Domingo -. Y se acercó confundiendo su resplandor con el de ella.

Y salieron juntos a dar un paseo. Nunca nadie supo a dónde fueron.

- Luisa, debes regresar a tu cuerpo.
- No quiero - contestó con firmeza.
- ¿Entonces, qué hacemos?
- Existamos juntos, así como estamos ahora.
- Pero... ¿Dónde?

De súbito le vino la idea. El resplandor de Luisa aumentó su brillo y exclamó:

- ! En la luna!. Allí es donde deseo estar contigo.
- Pues bien... ¡Lo haremos! - aceptó él con firmeza.

Y emprendieron el camino.

Cuenta la historia que cuando llegaron, encontraron millones de almas que como las de ellos habían amado la luna, y se dieron cuenta que el brillo de ésta no era por reflejo de la luz del sol, sino por la luminosidad de los espíritus de tanta gente: poetas, enamorados, soñadores, tantos lunafilos y lunáticos que habían decidido existir en ese pequeño globo, y que lo recorrían todos unidos en un cortejo que al aparecer y desaparecer iba mostrando lo lleno, lo menguante, lo vacío y lo creciente de la luna.

Cuando la madre de Luisa Fernanda encontró el cuerpo yacente en la cama, supo que se había marchado con Domingo, y ella como posteriormente todos en el pueblo, tienen la certeza de que Luisa y Domingo están en ese pequeño cielo que llamamos Luna.

LA PALABRA

Cuando vio que ella empezaba a vestirse, supo que debía decir algo. Presintió que sería una sola palabra. Y su mente empezó, afanosa, a buscarla. Se vinieron en cascada una tras otra miles de imágenes de todos esos años en que rumió aquellos momentos que acababa de vivir. Y entrelazadas a ellas, las imágenes de cuando niños compartían las risas y a veces los llantos, y el hambre era una, y el olor de sudor acumulado era el mismo.

Recordó la tarde cuando jugando alcanzó a verle por primera vez el seno que en su pecho iba creciendo; y el domingo aquel cuando en un juego cuerpo a cuerpo sintió su primera erección y trató por todos los medios de ocultarlo, sin saber nunca, a ciencia cierta, sí lo había logrado. Tal vez, éste era el momento para preguntárselo. Pero el siguiente pensamiento pisoteó la duda.

Se vio dos años más tarde. Ella había cumplido los quince y se había convertido en una sensual mujer, de cabello largo, amplias caderas que enmarcaban acompasadamente sus movimientos, un bronceo natural que le cubría cada detalle de su cuerpo y unos relucientes dientes, de los cuales se ufanaba abiertamente pues, al contrario de la mayoría de las muchachas del barrio, los cuidaba como su más grande tesoro. Esa noche, noche de luna llena, haciendo un enorme esfuerzo para vencer esa timidez que, a esa y en cualquier edad, la mayoría de los hombres tienen ante la mujer que aman, se atrevió a decirle:

- ¿Sabes, Malena? Yo te amo verracamente.

Sus ojos color azabache recorrieron todo el cuerpo de Luciano. Primero el rostro. Luego bajaron pensativos.

- Quisiera ser más que un amigo - le dijo él un poco incómodo ante la mirada inquisidora que estaba recibiendo.

Cuando terminó de observarlo, lo dijo así, secamente, con una cierta frialdad:

- Pues yo no estoy de acuerdo. No quiero seguir pasando la vida en sitios como estos.

El no osó decir más. Supo que la idea de luchar juntos, de construir un futuro con mejores condiciones económicas, de superar la barrera que los separaba de la ciudad formal, que por muchos sueños que pintará, nada lograría convencerla.

Al poco tiempo comenzó a vivir el tormento de verla salir, en tacones, con vestidos ceñidos, que a cualquier hombre, pero más a él, le removían hasta el más profundo de los instintos.

Muchas noches, cuando regresaba de su trabajo en construcción, la veía salir y su corazón se agitaba.

- Hola Malena.

- Hola Luciano.

Y ella continuaba su camino. Un aire con sabor de angustia, penetraba en el cuerpo de Luciano. Acongojado continuaba su camino hacia el rancho de madera y teja de zinc en el que vivía con su madre, y el cual había construido ella, cuando se vino a la ciudad, llena de sueños, y la pobreza la había arrinconado en esa ladera.

Esas mismas noches bajaba los trescientos metros de sendero en tierra, para quedarse conversando con cualquier amigo que viviera cerca de Malena y poder observarla cuando llegara.

- Ya es tarde y mañana hay que madrugar a trabajar - le decían muchas veces.

- No importa. Acuéstense. Quiero quedarme un rato por aquí pensando.

Casi siempre, alrededor de la medianoche ella, llegaba. La alcanzaba a ver cuándo se bajaba del carro que la llevaba. La mayoría de las veces era un taxi. Otras, algún lujoso automóvil. Y su dolor aumentaba.

Decidió romper con lo que estaba viviendo. Trabajó dos años con mucho esmero. Ahorró unos pesos y se fue a vivir, con su madre, a otro barrio.

Los años habían pasado. La tienda de víveres que le había puesto a su madre, había dejado suficientes pesos para abrir un depósito de materiales y con las utilidades de éste se había asociado para montar un café en el centro.

Siempre pensó que Malena era cosa del pasado. Por eso, cuando la encontró en la fiesta del día anterior, se sorprendió al ver que sus latidos se aceleraron y que un vacío le llenó el pecho.

- Hola Luciano - dijo ella sonriendo, con voz de miel que se desliza entre los labios.

- Hola Malena.

Y empezaron a hablar de lo ocurrido en los siete años que habían pasado desde que Luciano dejó el barrio.

Esa noche Luciano durmió muy poco. Comprendió que nunca la había olvidado, que aunque hubiera amado a muchas, ella seguía siendo una parte de él mismo. Y empezó a reconstruir todos los sueños que había tenido. En la oscuridad sonrió al saber que ahora sí podía ser el compañero de Malena, su amante, su marido.

Habían acordado salir a cenar en la noche siguiente. Y Luciano, para sorprenderla le compró ese día de regalo, un collar de oro con dos aretes de hermosos bordados en filigrana. Aunque costosos, bien valían la pena pues eran para la mujer de sus sueños.

La cena fue encantadora. La caminata por los jardines alrededor del restaurante, con la luna llena, creó el ambiente propicio para entregarle el regalo y tras él llegó el primer beso y las primeras caricias que, aunque lentas, reflejaban las ansías contenidas.

La pasión fue creciendo. Decidieron ir a un motel que quedaba cerca. Cómodo, con colchón de agua, espejo en el techo, sauna y turco en la misma habitación, fue testigo de esos dos cuerpos que amantes se estrechaban con desespero.

- Serás mía para siempre. ¡Te quiero!
- Yo también a ti, Luciano.

Las sonrisas, los silencios, las caricias y los deliquios llenaron el espacio.

Cuando vio que ella empezaba a vestirse, supo que debía decir algo. Presintió que sería una sola palabra. Y su mente empezó, afanosa, a buscar la palabra de amor, la que expresará todo lo que por ella sentía. Sin embargo, cuando cerró el botón de su falda, una vez había metido la camisa, y sacudiendo su cabellera levantó la mirada, comprendió en ese fugaz instante que nunca más la tendría. Y salida desde el fondo de su alma, con una ternura infinita, le dijo a media voz, como una caricia:

- ¡Putá!

Y ella se sonrió.

REFUGIADOS

Uno no comprende la nostalgia sino hasta cuando le toca sentirla como enraizada en su alma. Y ella es mayor cuando los hechos nos obligan a alejarnos de muchos seres y lugares que amamos.

Mompati Mogomela, príncipe y gobernante de los atsuana, nunca pensó que su viaje a Londres para representar a su etnia en el Congreso Internacional de Pueblos, le cambiaría la vida.

Al saludarla con la mano, así pequeña, apenas sobrepasando la mitad de su altura, con el rostro finamente perfilado, los cabellos dorados, la piel blanca que contrastaba con su piel negra, color de azabache, el brillo de sus ojos azules y esa contagiosa sonrisa que iluminaba todo su rostro, tuvo una sensación dulce y suave en su cuerpo que nunca había sentido.

Durante los cuatro días que duró el congreso, sus miradas se cruzaron muchas veces hasta que el instinto triunfó y los cuerpos se unieron en la última noche, en la noche de la despedida donde muchos, por temor a no volver a ver al otro ser y algunos por la certeza de ello, deciden expresar lo más íntimamente posible su amor o su deseo.

Pasaron algo más de dos años durante los cuales Mompati buscaba, como gobernante, visitar organismos, empresas y personajes que tuvieran a Londres como sede habitual. Y con dichas razones viajaba allá desde Amabatho, la capital de Abophutatsuana, donde el príncipe gobernaba. Los secretos encuentros con Alice eran cada vez más deseados y, por qué no decirlo, cada vez más apasionados.

Hace unas tres semanas, mientras observaban en las afueras de Londres los campos cubiertos de nieve, Alice lo miró con una mezcla de ternura, alegría y preocupación, y le dijo que, a pesar de las medidas preventivas que habían tomado, estaba en embarazo. Mompati la miró, esbozó una sonrisa y la abrazó.

Ella, permaneciendo abrazada, le comentó lo que tener un hijo le implicaría, tanto frente a su trabajo por los continuos viajes que realizaba como respecto a su familia, que aunque pretendían ser de pensamiento muy libre, había tenido que discutir en muchas de las reuniones familiares por las expresiones y chistes racistas que escuchaba. Pero ella estaba dispuesta a tener al bebé.

El temor también asaltó a Mompati. Nunca se había detenido a pensar lo que esta posibilidad implicaría para su vida. Los atsuanas, después de haber sufrido durante tantos años la discriminación racial y la brutalidad de los blancos, no admitían que miembros de su etnia tuvieran relaciones sexuales con personas blancas, tradición con la cual Mompati nunca estuvo de acuerdo. Por ello, la relación con Alice la había mantenido en secreto y en diversas ocasiones, especialmente estos dos últimos años, en reuniones gubernamentales y familiares había expresado su desacuerdo con esta discriminación racista.

Con la mirada pérdida en el horizonte, le explicó a Alice cuál era la situación. Ambos se quedaron en silencio mirando el extenso campo blanco.

Mompati supo que debía afrontar la realidad. La tradición de realeza de su familia lo comprometía a responder por todos sus actos y, ante esta

situación, así lo haría. Por ello, unos pocos minutos más tarde, había tomado la decisión. Entonces dijo con lentitud, concentrado en cada palabra:

- Ha llegado el momento de luchar de una vez por todas como gobernante contra la discriminación racial en mi país. Si tú estás dispuesta a aguantar ofensas y soportar rechazos, pues sé que la lucha no será fácil, irás conmigo a vivir a Amabatho.

- Lo estoy – respondió ella como si estuviera saboreando cada letra. Y le brindó esa amplia sonrisa que la caracterizaba y la hacía ver tan bella.

Tres días después viajaron a Abophutatsuana. Todo el país quedó estupefacto: Su príncipe y gobernante ¡Amante de una mujer blanca! ¡Nadie podía creerlo! Habiendo tantas hermosas mujeres negras en el país para quienes Mompoti siempre habían sido y era aún su príncipe soñado, termina enamorado de una mujer color leche que ni siquiera habla la lengua de los atsuana.

Después de la estupefacción vinieron las protestas. Cuatro días después una multitud se congregó en las puertas del palacio exigiendo que Alice se fuera. Pero la guardia presidencial protegió el palacio.

Esa noche, Mombassa, hermano de Mompoti, con quien había compartido durante la vida tantos felices momentos le comunicó lo decidido por la familia con un tono bastante exaltado.

- ¡Ningún Mogomela tendrá sangre de blanco. Tendrás que hacerle abortar si quieres seguir como gobernante y como miembro de nuestra familia!

- ¡Pero yo quiero tener a mi hijo! - le replicó Mompoti.

- Si tú no lo permites, hay personas que la obligaran a la fuerza y a quienes no les importa si ella también muere - le dijo Mombassa

Mompati comprendió que no tenía salida alguna. Las tradiciones de los pueblos no son tan fáciles de cambiar, aunque sus gobernantes quieran hacerlo. Habló con Alice sobre la situación que estaba enfrentando. Y tomaron la decisión.

En forma sigilosa, a las dos de la mañana fueron al auto y salieron, sin que ninguno de sus familiares lo notaran, por la puerta diseñada en la parte posterior del palacio para casos de emergencia, por temor de que aún a esa hora estuvieran algunos manifestantes en la puerta principal del palacio. Se dirigieron entonces a la frontera con Asudáfrica donde no tuvieron ningún problema para cruzarla.

El viaje ha sido largo pero aquí ese hombre negro, alto, vestido de frac, con una rosa en el ojal de su vestido, acompañado de esa pequeña y bella rubia en embarazo, aunque llamen la atención no serán reconocidos y podrán esperar tranquilos el nacimiento de su hijo.

Uno no comprende la nostalgia y la rabia sino hasta cuando le toca sentirlas como enraizadas en el alma. Y ellas son mayores cuando los hechos y la propia familia, por absurdas formas de ver y tratar a los demás, nos obligan a alejarnos de lugares y seres que hemos amado toda la vida.

- Volveré –al abrazarme me dijo, como en secreto, este viejo compañero de la Universidad de Lille, con el tono firme de quienes nunca se dan por vencidos – Cuando mi bebé nazca ¡volveré!

EL ROBO

- Señora, le están quitando su marido - se oyó decir a la voz femenina a través del auricular - Y es Rita Mendoza. Su teléfono es el 284.25.30

La llamada fue sorpresiva. Teresa, con su embarazo de siete meses, sintió en su cuerpo el frío que da el miedo a la soledad, la desazón que da el perder a su compañero. No escuchó más.

¡Sirius! - dijo, llamando a su esposo cuando al fin colgó el auricular después de ese lento movimiento de quien no sabe qué hacer -. ¡Sirius!

- ¿Qué pasa? - respondió él desde la cocina donde estaba lavando unos trastes.

- Me hicieron una llamada muy rara.

- ¿Qué llamada? - preguntó Sirius, cerrando el grifo para dirigirse al cuarto donde estaba Teresa.

- Que hay alguien que te quiere robar - dijo ella con voz angustiada.

- ¿Robarme qué? - preguntó extrañado, mientras a su mente acudía la imagen de su puesto de legumbres en la plaza de mercado.

- A vos. Que hay una muchacha que te está buscando el lado. Y hasta me dijo el nombre y el número de teléfono.

- ¡¿Qué es esa pendejada?!
En el instante en que dijo esto, sonó de nuevo el teléfono.

- Coge tú allá que yo cojo la extensión - le indicó Sirius a Teresa.

- ¿Haber? - dijo ella con desgano.

- Señora... ¿si anotó? Se llama Rita Mendoza y el teléfono es el 284.25.30.

- ¿Y para qué?

- Para que la llame

- ¡No voy a llamarla! - le dijo en voz alta mientras colgaba.

- No reconocí la voz. No sé quién puede ser - dijo él y agregó -. Rita Mendoza es una muchacha que tiene un puesto de frutas en la plaza. Y ese es su número telefónico.

- ¿Es muy amiga tuya?

- Sí. Somos muy buenos amigos. Pero no creo que esté pensando en robarte el marido

- dijo él con tranquilidad, riéndose del episodio. Y agregó como preguntándose a sí mismo -. Sin embargo... ¿para qué hacen esa llamada?

Empezaron a divagar sobre las diversas razones que pueden motivar ese tipo de llamadas. Finalmente Sirius dijo:

- Lo mejor es que yo hablé con Rita.

No pudo hacerlo al día siguiente, pues era día festivo y Rita se había ido de paseo. A los dos días, después de finalizada la jornada fue a buscarla. Recorrió toda la plaza de mercado, donde los vivos colores de las frutas, de las flores y hasta de las legumbres frescas, dan la tonalidad de esa perpetua fiesta que se renueva, desde muy tempranas horas, todos los días.

- ¡Hola Rita!

- ¡Hola Sirius!

- Ven cuéntame una cosa - le dijo él mientras la alejaba un poco a un sitio donde no pudieran escucharles -. ¿Hay alguien que te lleve bronca?

- agregó, pensando que posiblemente la llamada podría haber sido hecha por alguien de la familia del marido de Rita, de quien se había separado un año atrás.

- No - respondió ella, segura de lo que decía, pues tenía una natural simpatía con todo el mundo.

- Mira, es que el domingo llamaron...

Y Sirius le contó todo lo sucedido.

- Ya sé quién fue - dijo ella.

- ¿Quién? - preguntó él con intriga.

- Flavio.

- ¿El vendedor de tomates?

- Sí - afirmó ella.

- ¿Y por qué él?

- Porque yo le gusto y como no "le paro bolas", no hace sino atormentarme la vida

- ¿Y por qué se pone a molestarme a mí?

- Porque como somos buenos amigos, él cree que tenemos algo.

- Pero... ¿Si será tan pendejo de poner a una mujer a llamar a mi casa?

- Es capaz de hacerlo - dijo ella con firmeza, pues ya conocía varias de las locuras que Flavio, en su desmesurado amor había hecho.

Se quedaron un momento en silencio. Ella, probablemente pensando en otros sucesos ocurridos. El, con rabia, pensando en la angustia que una llamada de esas puede crear en una esposa. Y más estando en embarazo. Afortunadamente, estaba seguro que Teresa no le daría mayor importancia.

- Me gustaría conocer y hablar con tu señora para que se quede tranquila - dijo ella interrumpiendo el silencio.

- Tal vez sea bueno - dijo él - aunque por lo que conozco a Teresa, no creo que haga falta.

De todas formas, Rita inquieta con lo sucedido fue, tres días después a conocer a Teresa. Y hablaron del asunto.

El episodio sirvió para que se volvieron muy buenas amigas. Se podría decir que hablaban todos los días por teléfono y a la semana se hacían una o dos visitas. Y empezaron a contarse todas sus cuitas.

El niño nació dos meses después. Y fue a Rita a quien le tocó hacer de partera, pues no tuvieron tiempo de llegar al hospital. También le ayudó mucho durante los primeros meses del bebé.

- Dime una cosa... - empezó a decir Teresa con la normal delicadeza que se pone cuando se quiere saber una respuesta -. ¿A ti te gusta Sirius?

- Me parece un tipo muy agradable - dijo ella y añadió -. Pero es tu marido.

- ¿Y si fuera tuyo? - le indagó ella

- Pienso que debe ser muy bueno vivir con él - le respondió Rita siguiéndole el juego. Sin embargo le adicionó -: ¿Y por qué me preguntas eso?

Acostumbradas ya a contarse sus confidencias, le narró los detalles de su relación con Antonio y del inmenso amor que siempre había tenido por él. Le contó también que después de tres años de vivir juntos, él se había ido al extranjero, y en los seis años que estuvo por fuera nunca se comunicó con ella. Con lágrimas recordó la profunda aflicción en la que vivió sumida durante casi dos años. Hasta que conoció a Sirius, quien con su cariño y amor por ella le ayudó poco a poco a borrar el recuerdo de Antonio. Le contó también como cuatro años después, ya sin esperanzas de que Antonio regresara, se casó con Sirius.

- Pero Antonio regresó el año pasado cuando yo ya estaba en embarazo - dijo ella para finalizar su relato.

- ¿Y entonces? - le preguntó Rita no queriendo que terminara.

- Comprendí que mi amor por él nunca había desaparecido. Pero no podía tenerlo pues estaba en embarazo. Y tampoco quiero herir a Sirius.

Se quedaron en silencio. Cada una rumiando sus propios pensamientos.

- No sé qué hacer - dijo ella con aflicción -. No puedo olvidarlo. Y él me sigue buscando.

- Pues deja a Sirius y ve a vivir con él - sugirió Rita.

- No quiero herir a Sirius. Además está el niño.

Rita sabía que Teresa estaba dando vueltas, sin atreverse a ir al grano. Sin embargo, no veía qué pretendía con esa conversación y la forzó un poco.

- Yo sé que en algo has pensado Teresa, pues no puedes seguir viviendo de esa manera.

- Pues... - se atrevió a decir ella -, como no quiero herir a Sirius, he estado pensando que... que si tú lo conquistaras y fuera él quien se alejara, no sufriría tanto.

Rita se quedó en silencio, sin saber qué decir. Sirius le agradaba, pero nunca había pensado en conquistarlo.

- ¿No te suena...? - dijo Teresa apenada

- No sé. Podría ser. Déjame pensarlo.

Esa noche Rita no pudo dormir bien. Después de pensarlo mucho, decidió aceptar la propuesta. No sería difícil. Tenía mucha confianza en ella.

Y así fue. Con la complacencia de Teresa, Sirius y Rita fueron aumentando su amistad. Las salidas a tomar cerveza en heladerías, los paseos al campo, y las voladitas a moteles cercanos se hicieron más frecuentes. Todo a escondidas “ para que Teresa no sufriera”. Hasta que un día...

- Teresa... - dijo él titubeando -, estoy estoy enamorado de Rita.

- ¿Cómo? - dijo ella fingiendo extrañeza.

- No puedo evitarlo - dijo él sonrosado -, lo he pensado mucho. Quiero vivir con ella.

Teresa se tapó el rostro con las manos, como si estuviera llorando. Y se quedó en silencio. Un silencio largo y tenso. De instantes que pasan lentos como pisándose unos a otros.

Finalmente, le dijo con voz sin quebrantos:

- Está bien. Anda a vivir con ella. Yo me quedé con el niño.

- ¿Pero yo podré visitarlo? - pregunto él angustiado.

- Sí, podrás visitarlo cuando quieras.

Sirius empezó a empacar. Teresa salió de la casa con el niño. Cuando volvió, él ya no estaba.

No se sabe por qué razón se puso a recorrer la casa mirando cada objeto que en ella había. Después de la sala que daba a la puerta de salida, recorrió los únicos dos cuartos, los cuales quedaban en un costado de la casa, siguió por el comedor que daba al patio y cuando llegó a la cocina oyó que el teléfono sonaba.

- Señora...- dijo una voz masculina al otro lado del auricular -. Rita Mendoza le está robando su marido.

A pesar de que no lo conocía personalmente, Teresa supo que era la voz de Flavio, el vendedor de tomates. Entonces le dijo, con una íntima satisfacción:

- Muchas gracias por decírmelo, señor. Pero... ¡Ya me lo robaron!

CALMA INTERIOR

- ¿Dónde estás?
 - En un sitio oscuro. - respondió él -. Sin embargo, puedo verlos.
 - ¿Cómo estás? - preguntó uno de nosotros.
 - Desesperado. Quisiera estar con ustedes. No sé para dónde voy.
 - ¿En qué te podemos ayudar?
 - Recuerdenme. Y oren por mí.
 - ¿Qué nos dices de esta violencia? ¿Se acabará? - preguntó otra voz.
 - No sé. - respondió él a través de Carlos -. Los violentos están muy organizados. Inclusive personas influyentes, aparentemente buenas, están armadas y están sembrando el mal.
 - ¿Qué podemos hacer? - preguntó otra voz.
 - Tengan fe - respondió él e inmediatamente agregó -. Los quiero.
- ¡Adiós!
- Se fue - dijo Carlos cuando sintió claramente que su mano había dejado de escribir.
 - Cuando uno muere - comentó otro -, permanece unos dos meses como en un sitio oscuro. Luego vas viendo de plano y poco a poco va viéndose envuelto en una intensa luminosidad, y adquiere una gran calma interior.
 - Sólo si esta calma interior verdaderamente se ha logrado en vida
 - replicó una bella mujer de ochenta años que hasta el momento había permanecido callada.

CUENTOS DE AMOR,
VIOLENCIA Y MUERTE

TIEMPOS DE VIOLENCIA

- ¿Llegaste?
- Sí. Llegué.
- ¿Y cómo estás?
- Ahora bien. Antes no.
- Es duro desprenderse...
- Sí, muy duro. Recuerdo que una vez dijiste que todo apego hace sufrir.
- Sí, lo dije. Y es cierto.
- Pero hay apegos que son inevitables. Como mi mujer y mis tres hijos.
- Llega el momento en que tienes que desapegarte.
- Ya lo estoy haciendo.
- Mejor así, para que no sufras eternamente.
- No pude despedirme. Y tenía tantas cosas pendientes.
- ¿Cómo fue lo tuyo?
- Como lo tuyo. Inesperadamente.
- Todo lo inesperado duele.
- No todo, pero esto sí.
- ¿Se te había ocurrido que pudiera sucederte?
- No. A pesar de lo tuyo.
- Son pocos los que lo piensan. Yo tampoco lo hice, aunque sabía que les había pasado a tantos amigos.

- Nos hiciste siempre mucha falta.
- Ustedes también. Tenía muchos planes.
- Fue muy duro para todos nosotros. Yo me logré salvar. A los diez años todavía era tan pequeño que pude escabullirme por las plantas que rodeaban la casa y me escondí en el entresuelo.
- ¿Eso fue?
- Sí. Don Gustavo me cubrió. Aprovechando la oscuridad de la noche, pude hacerlo.
- ¡Nos masacraron a todos por ser liberales!
- ¡Eso fue absurdo! Murió mucha gente en todo el país. Luego los jefes se pusieron de acuerdo para repartirse el gobierno.
- Eso me contaron.
- Es más. Se alcahuetearon todo entre ellos. Y terminaron confundiendo.
- ¿Y tanto odio?
- ¡Para nada! Hoy por hoy, los que impulsaron dicha violencia aparecen en los libros de historia como grandes personajes. Y sus hijos y nietos están en el gobierno.
- Tanta tristeza y tanta muerte... ¿para nada?
- ¡Para nada!
- ¿Y qué fue lo tuyo?
- No lo sé bien. Ahora lo matan a uno porque se equivocan o porque hay algún sicario en entrenamiento.
- ¿En qué trabajabas?
- En una fábrica. Era el presidente de una cooperativa de trabajadores y miembro de la Acción Comunal del barrio.

- No digas más. Ya lo comprendo, hijo. De todas formas estamos juntos de nuevo.

- Sí, papá. Y creo que será por largo tiempo. La muerte tiene sabor a eterno.

EL INNOMBRADO

No estaban seguros que fuera él. Pero por ese callejón poca gente pasa y les habían dicho que usualmente el hombre cruzaba por allí a las ocho y media de la noche.

Nadie, ni él mismo, sabían exactamente cómo se llamaba. Producto del amor de una pareja que no se había casado y que nunca lo hizo, no pudo ser bautizado. Cuando sus padres lo llevaron a la ceremonia colectiva de bautismo, el cura párroco dijo:

- ¡Imposible! Ese niño no es fruto de una unión sagrada.
- Pero padre...
- No hay discusión. No se puede.

Y los dos salieron, con su vestimenta campesina recién estrenada. Y el niño en los brazos de la madre, con su vestido blanco, muy callado. Detrás, los dieciocho familiares que habían ido a acompañarlos.

- ¡Qué bah! - dijo él con una mezcla de rabia y de fe -. Si el niño es bueno y crece como persona buena, Dios lo recibirá, esté o no esté bautizado.

Habían estado discutiendo mucho como nombrarlo. El padre quería llamarlo Tomás. La madre, Joaquín. Por ello pensaban bautizarlo, a pesar de la oposición de toda la familia, Tomás Joaquín Pérez González. Pero la abuela paterna quería que se llamara Simón, y la materna, Andrés. Los abuelos sí se habían puesto de acuerdo en que debía llamarse Antonio;

al fin y al cabo los dos eran Antonios. La mayor confusión se presentaba cuando tanto sus tíos y tías maternos como paternos, ocho por un lado y seis por el otro, expresaban el nombre que querían que llevara el recién llegado a la familia; ninguno coincidía, pero todos defendieron el nombre que proponían en las acaloradas discusiones que tuvieron: Emilio, Jorge, Gabriel, Fernando, Ricardo, Jaime, Sergio, Mario, Horacio, William, Alberto, Enrique, Luis y Guillermo.

- Pues si no tiene nombre - dijo uno de los tíos - podemos llamarlo como cada uno de nosotros quiera.

- Magnífica idea - dijo una tía -, así todos quedamos contentos.

El movimiento aprobatorio de las cabezas y la sonrisa que acompañaba cada uno de los movimientos, mostraron que, por fin, la familia se había puesto de acuerdo.

Así creció el niño. Al principio con diez y nueve nombres diferentes y al paso de los años con muchos más. Nunca se ha sabido cuántos, pues los vecinos, los amigos y todos cuanto lo conocían, se creían en derecho de nombrarlo como quisieran. El mismo escogió su nombre cuando ingresó a la escuela a los siete años: Parmenio, uno de los pocos nombres que hasta ese momento no le habían puesto. Cuando festejó su unión con María se llamó Sincrasio. Y cuando entró a trabajar en la herrería se hizo llamar Panfleto. Le encantaba que le pusieran nombres raros.

Era un hombre muy bueno. Hacía muy fácil amistad con todo el mundo, pues encontraba tocayos en cualquier esquina y siempre estaba dispuesto a ayudar a quien lo necesitara.

Así fue cómo se acostumbró a girar la cabeza cada vez que oía mencionar un nombre. A veces era para él, otras no.

- ¿Usted es Dionisio Alberto? - le preguntó uno de los dos hombres que le esperaban en el callejón, a las ocho y treinta de la noche, de aquel día.

- Sí. Puedo serlo. - respondió él con su natural y amable sonrisa, al pensar que su primo Mateo lo llamaba Dionisio y su tía Teresa, Alberto.

Ellos no se tomaron el tiempo de analizar la respuesta. El solamente alcanzó a ver cómo las manos derechas de ambos salían de sus bolsillos cargando sendos revólveres y después, varios relámpagos. Inmediatamente todo se oscureció.

- ¡Me mataron! - alcanzó a pensar.

Una patrulla de policía lo encontró muerto. Lo llevaron al anfiteatro. Allí le pusieron, en cartón, un letrero en el pecho que decía: " N.N."

Su esposa al ver que no había llegado en toda la noche, salió al amanecer a buscarlo. Después de ir a todos los sitios que normalmente frecuentaba, con mucho temor se dirigió al anfiteatro y allí lo halló.

Al entierro asistió una gran multitud, al fin y al cabo todos los que lo conocieron lo apreciaban enormemente.

Al calcular el tamaño de la lápida que necesitaban para tratar de poner en ella todos los nombres que había tenido, decidieron escribir solamente "N.N. Pérez González". Aunque tuvo miles de nombres, quedó enterrado como el No Nombrado.

Con la tristeza reflejada en cada uno de los rostros, la multitud empezó a salir. Desde lejos, en una cantina que queda en la calle que pasa por el cementerio, los observaba un hombre, mientras tomaba una cerveza: Dionisio Alberto, el traficante de drogas que incumplió con el pago de uno de los cargamentos.

PACO Y MARÍA

En su silla mecedora ella estaba tejiendo. Él, en su acostumbrado taburete, tallaba. Miradas desde lejos, ambas cabezas canas se confundían con el blanco de las paredes de la humilde vivienda de bahareque y techo de paja. En una de las paredes un cuadro del Sagrado Corazón, ese que nunca falta en las casas de la región. En la otra, una foto de ambos, en blanco y negro, tomada el día de su matrimonio, y una foto de su hijo Pedro cuando tenía cinco años.

- Nada hay original, nada... - dijo ella para sí misma pensando en la rutina de lo que estaba haciendo.

- Lo único original es nuestro silencio - comentó él con brusquedad a causa de esa barrera de silencio que se había creado entre ellos.

- Ni eso... porque alguna vez hablaste.

- No me lo recuerdes. ¡Tuve que hacerlo!

- ¿Y para qué hacerlo?

- Para vivir - respondió él con lentitud, como hablándose a sí mismo, e imprimiéndole una honda tristeza a cada una de las cuatro sílabas.

- ¿Para vivir? - dijo ella pensativa. Y luego continuó con amargura - Sí, para vivir... pero con ellos muertos esto no es vida. ¡Y sin él, mucho menos!

- ¡Cállate!

De nuevo el hondo silencio. Cada uno volvió a su labor. Después de unos quince minutos:

- María.
- ¿Qué?
- ¿Me amas?
- Sí, Paco. Te amo.
- Yo no, María. Ya no te amo.

Ella continuó tejiendo en silencio.

- ¡Pero no te quedes así! - dijo él exacerbado.

- Entonces... ¿qué quieres que haga? ¿Qué me ponga a llorar?... No, no Paco, no... me basta con amar a un cobarde.

- No vuelvas con eso María, no vuelvas - dijo él con tono amenazante mientras la señalaba con el dedo índice -. Ya te he dicho mil veces que no fui capaz.

- Sí, me lo has dicho mil veces, pero me lo tendrás que decir un millón de veces porque todavía no alcanzo a comprender.

- ¡Pues te lo diré un millón de veces! - gritó Paco a la vez que tiraba contra el suelo la talla de madera y el punzón con el cual estaba trabajando. Y agarrándola de los hombros y sacudiéndola, agregó primero lento y en baja voz, pero cada vez más rápido y con mayor volumen -. No fui capaz, no fui capaz, no fui capaz, ¡no fui capaz!,! no fui capaz!

- ¡Ya Paco, ya! ¡Cálmate! - le interrumpió ella a los gritos.

- No aguanto más María - dijo él cuando la soltó, y cuando le dio la espalda para dirigirse al sitio donde estaba tallando madera, agregó -. No me lo tienes que estar diciendo día tras día, noche tras noche. Yo sé muy bien que fui un cobarde. Sé muy bien que no debí haber hablado. Sé muy bien que debí haber aguantado la tortura tan hijueputa que me estaban haciendo. Sé muy bien que debí haber dejado que me mataran antes que abrir la boca.

- Sí, lo sabes muy bien ahora - le dijo ella en tono sarcástico -, pero no lo supiste antes, como tampoco supiste que debías haber empuñado un arma para vengarte.

- ¡También lo supel! - gritó él, y bajando la voz -, solo que no fui capaz.

Con la mirada fija en el suelo, Paco se quedó unos breves segundos en silencio.

- No me tortures más María - continuó - De solo pensar en ello siento que se me queman las entrañas. De solo saber que ahora no puedo hacer absolutamente nada, me hierve la sangre de rabia.

- Rabia es lo que nos tienen las madres y las familias de los otros cinco muchachos que mataron - dijo ella.

- Esos fueron los que metieron a Pedro en eso - interrumpió él - Todavía hay gente que cree que va a cambiar el mundo con solo proponérselo.

-! Ah! - le interrumpió a su vez ella - Entonces ya sé porque hablaste. No te gustan esas organizaciones, ni la gente que quiere sacarnos de esta pobreza en la que hemos vivido toda nuestra vida, como quería hacerlo Pedro.

-! No, María, no fue por eso! - gritó él - Tú no sabes cómo duelen los golpes en los testículos, cómo quema el hierro candente en la espalda, cómo el cuerpo se llena de pavor cuando te ponen un revolver en la cabeza. Uno sabe que de un momento a otro pueden dispararte y entonces la vida se te escapará, pero tú no quieres morirte porque tienes a María y a un hijo, a quienes amas putamente y con quienes deseas seguir viviendo toda la vida. - Y agregó llorando - Por eso hablé María, por eso...! Yo no creí que él estuviera allí!.

María se levantó de su silla y se acercó a él. Al ponerle su mano en el hombro derecho, comenzó a decirle:

- Paco, tranq...

-!Suéltame! - le interrumpió él, moviendo bruscamente el hombro. Se paró y se alejó dos pasos dándole la espalda. Continuó diciendo - Y después no tuve el valor para vengarme, porque yo sabía muy bien que el más culpable era yo mismo.

- Dejémoslo así Paco. Ya lo comprendo todo.

- No, María - dijo él - no podemos dejarlo así. Yo me voy.

- ¿Para dónde te vas, Paco?

-! Eso a ti ya no te importa! - dijo él, al momento de levantar su brazo y con toda la fuerza de hombre acostumbrado a trabajar en el campo, se clavó en el pecho el cuchillo de tallar madera.

-! Paco!,! Paco!,! Pacooooo! - gritó ella angustiada, como suplicando una respuesta de aquel cuerpo que iba cayendo y que ella inútilmente trataba de sostener.

PRIMER AMOR

Cuando Pedro la vio, tuvo la íntima sensación que era lo más maravilloso que le había ocurrido. Silenciosamente se acercó a ella y trató de cogerla entre sus manos. Pero ella huyó despavorida. Pedro insistió y la logró agarrar. A pesar de sus protestas, la abrazó fuertemente contra su cuerpo, hasta que ella se calmó.

El candente sol comenzaba a elevarse como todos los días. El verano se iba haciendo cada vez más largo, los campos estaban secos y ya prácticamente no había pasto para el ganado. Sin embargo, a Pedro, con su alma de niño, esto no le preocupaba. Su vida se reducía a ver pasar los días y a deambular por la casa y por los terrenos cercanos, en busca de un amigo o una amiga. A veces trataba de jugar con las hormigas, pero éstas no lo entendían. Además, eran muy pequeñas para acariciarlas, para correr con ellas; ni siquiera se les podía conversar pues no se les oía absolutamente nada. Otras veces trataba de hacerlo con las vacas, pero éstas lo miraban indiferentes; solamente una que otra sacudida de cola o de cabeza, rompía la monotonía de estar con ellas.

La hacienda, grande como casi todas las de la zona, era una rara combinación de hacienda ganadera y finca de recreo. Rara, porque no tenía sino ganado vacuno, y alguno que otro caballo. Pero no tenía ni un perro, ni un gato, ni una gallina, ni un marrano, ni un conejo, ni siquiera un loro que con su parloteo interrumpiera el silencio. Los pájaros habían huido

hacía mucho tiempo, pues el hijo de la patrona había matado tantos con la cauchera, que los otros decidieron no tomar más el riesgo. Y la hacienda se quedó sin cantos y sin trinos, inmersa en un pesado silencio.

- Mamita, yo quiero tener un perro.
- Tú sabes mijo, que a doña Lucila no le gustan los perros.

La alegría solamente llegaba cuando venían los dueños y traían a sus amigos y a los hijos de estos. Cuando el motor se oía a lo lejos, Pedro corría a abrir la portada de la última cerca y con el corazón en suspenso, dirigía la mirada a las ventanillas de los carros que llegaban, en busca de la cabeza de un niño o la sonrisa de una niña de alborotados cabellos.

Y venían los juegos de “escondidijos”, de chucha, de trompos, de “pisingaña”, de pase el rey, de botellón, de bolas, de mamacitas y también de golosa, de esa en la que uno puede llegar hasta el cielo. La risa y la alegría rondaban. También los llantos y las peleas. Pero la vida era efervescencia. Plena vida. ¡Pura vida!

Al día siguiente, o a los dos o tres, o tal vez (rara vez) a la semana, los mismos rostros de niños y niñas asomados a las ventanillas, agitando sus manitos se despedían. Pedro, con sus ojos humedecidos y sin levantar las manos los miraba. Y nuevamente, la soledad del campo.

- Mami, yo quiero tener un hermanito.
- Algún día lo tendrás Pedro - le decía por no matarle la esperanza, pues bien sabía que no podría dárselo, pues a los pocos meses después de haber nacido él, le aparecieron unos tumores cancerígenos en el útero y tuvieron que operarla.
- Pero que sea rápido mami. ¡Me hace falta!

Aunque ella veía la soledad de su hijo, era poco lo que hacía para mermarla. Trabajaba desde muy temprano haciendo los almuerzos para los peones de la hacienda, arreglando la huerta, organizando la casa, cocinando la comida y cuando le quedaba un rato, por la noche, conversando con su marido mientras acostaba a Pedro.

- Hora de acostarse, Pedro - y eso indicaba el final del día para el niño, a quien llamaba Pedro porque la hija mayor de doña Lucila, que estudiaba psicología le había recomendado no llamarlo Pedrito ya que esto le disminuía importancia.

- Pero, mami...

- No me desobedezcas. Ya está muy tarde.

Por eso al salir al patio, con su ya natural aire de tristeza, y verla allí, a su alcance, como una maravillosa compañera que llegaba, le pareció lo más maravilloso que en sus años de niño pudiera pasarle. Siempre las había visto muertas. Su padre las traía así, pues así las compraba. Pero ésta estaba viva, se movía, a pesar de estar amarrada de una pata al tronco central del patio, donde normalmente amarraban los caballos.

Entonces se acercó en silencio y al tratar de cogerla entre sus manos, ella huyó despavorida describiendo círculos en el patio. Al final Pedro la cogió entre sus brazos, a pesar de sus protestas y de los gritos de su madre quien corrió al patio al oír la algarabía.

- ¡Déjala quieta Pedro!

Pero Pedro no hizo caso. Con solo mirarla, su madre comprendió que él no iba a hacerle daño.

Cuando la gallina se calmó, Pedro la soltó y fue a buscar unos granos. Volvió y con todo el cariño de niño se los fue dando. Y así comenzó la amistad de Pedro con Cristinita, como decidió llamarla.

Toda esa semana se levantó temprano. Pasó prácticamente todos los días con ella. Le daba la comida. Salían de caminata, con ella amarrada de una pata. La dejaba escapar para perseguirla. Y se reía cuando le daba picotazos.

El viernes en la noche las nubes amenazantes de la tarde, descargaron el anhelado líquido, que ponía por fin punto final al prolongado verano.

- Mija, llegó el día de celebrar el invierno, tal y como lo habíamos planeado - dijo al despertarse su padre.

- ¡Sí, mijo! - asintió ella -. ¡Eso sí fue mucho aguacero el de anoche!

- Juan se encargará de matar el ternero y de cortar la carne. Tú le ayudarás a asarla - dijo él con su voz de mayordomo acostumbrado a organizar los trabajos en la hacienda. Y agregó - Por fortuna doña Lucila no viene este fin de semana.

Pedro, medio dormido, alcanzó a oír la conversación de sus padres. No pudo madregar, como lo había hecho esa semana, pues la preocupación por su gallina, lo había obligado a salir por la ventana, tarde en la noche, para ir a ponerla en un sitio donde no tuviera la más mínima posibilidad de mojarse. Y se quedó un rato acompañándola, sosteniéndola en sus brazos, mientras veían juntos los resplandores de los relámpagos, los cuales iluminaban sorpresivamente las gotas que presurosas caían del cielo. Así, los dos, muy juntos, pasaron las horas. Regresó casi al amanecer.

Al levantarse fue a buscar a Cristinita, pero no la encontró. Corrió hacia su madre.

- Mami, ¿has visto a Cristinita? - le preguntó con premura y desazón.

- No, mijo - le contestó ella despacio, como pensando cada una de las palabras -, anda a buscarla que debe estar en alguna parte.

El niño recorrió toda la casa y sus alrededores, con las lágrimas en los ojos.

- ¡Cristinita!, ¡Cristinita! - se oía la voz del niño a medida que se alejaba de la casa, dispuesto a buscarla por toda la hacienda o por toda la región si fuera necesario.

Caminó hasta la hacienda vecina y a todos los que iba encontrando les preguntaba con voz entrecortada:

- ¿Ha visto a Cristinita?

- No, no hemos visto a ninguna niña

- ¡No! Ella es mi gallinita.

Los peones, al verlo tan triste, no se atrevían a hacerle una chanza. Es más, algunos lo acompañaron por ratos a buscarla. Finalmente, como estaba perdido, un peón lo llevó en su caballo de nuevo a la casa.

El niño lloraba intensamente. Su madre salió asustada a recibirlo, creyendo que se había aporreado, o quebrado algún brazo o pierna. Lo bajaron del caballo desmadejado. Y lo acostaron en la cama.

Al rato el niño se levantó de nuevo y siguió buscando. Los peones de la hacienda llegaban para el almuerzo, que esta vez iba a ser festejo por la llegada del invierno. La carne asada de res se respiraba en todo el ambiente. Eso tranquilizaba al niño, quien seguía buscando con insistencia. Al pasar cerca de donde uno de los peones conversaba con su padre, les oyó decir:

- Entonces, ¿qué estamos bebiendo don Pedro? - le preguntó el amigo a su padre.
- Pues guaro, Jaime, ¡Pero del bueno! - contesto él.
- Y usted que no ha comido nada, ¿qué piensa comer? - le indago el peón.
- Pues... - le respondió el padre de Pedro con una sonrisa de satisfacción y saboreando cada una de las sílabas -. ¡Gallina!

TÚ, MI LINDA NEGRA DE HACE MUCHO TIEMPO

“Estoy harta de todo esto. Todas las noches lo mismo: música estruendosa, borrachos problemáticos, los acosos del salonero, el temor a los cantinazos y siempre día tras día lo mismo. ¿Cuándo podré marcharme? “

Eras la misma nariz chata que emergía de esa cara que en conjunto siempre me pareció bella, aunque ya aparecieran unas apenas insinuadas arrugas, como cauces resecos por donde seguramente se deslizaron muchas veces tus lágrimas, el sudor de tu rostro y algunas pocas gotas de esas que muy tímidamente salían de tu enmarañado pelo. Eras la misma forma de sonrisa pero con el tono acentuado de la tristeza, como si el vidrio opaco que oculta nuestra natural angustia se hubiera vuelto traslúcido. Sin embargo, no eras el mismo cuerpo estilizado que tenías cuando te vi por vez primera en el Escorpión, aquel bar donde trabajabas como mesera, y donde en la permanente semioscuridad (únicamente interrumpida por las requisas que de vez en cuando hacían los soldados), se desplazaban el humo, las luces de colores y la siempre estruendosa música que tantas veces me atormentó pero que me aguanté esas mismas tantas veces, porque era el único medio de llegar a ti y conversar, como lo hicimos esa primera vez, de tu vida, de tus cosas, de unas cuantas cosas más, de la forma cómo afrontábamos el amor y la frecuencia con que lo hacíamos.

¡Qué linda noche aquella! La esperanza volvió a brotar en mi sonrisa y a brillar en tu apacible mirada. Nunca había soñado en encontrarte, no formabas la más mínima parte de mis ilusiones, pero allí estabas. Con tus apenas recién llegados veinte años, te perfilabas como mi próxima amante. Mas, no fue fácil. Aunque me pudra, aunque tenga que gritarlo miles de veces en esta angustiada soledad, habrán de conocer cuánto tuve que lucharte, cómo necesité ganarte palmo a palmo, palabra tras palabra, caricia tras caricia; habrán de saber que tú no eras la misma senda fácil de mujer que trabaja en bares, que tenías la timidez metida en el cuerpo escarbándote cada uno de los huesos, y que estabas allí porque no podías más, porque el hambre te estaba carcomiendo a punta de mareos, porque tu fuerza se iba deslizando poco a poco a través de tus dedos y era inútil retenerla, porque te estabas muriendo. ¡Putá la vida, te estabas muriendo! Y contigo se estaba muriendo tu único fruto: esa hija que con llantos, pañales casi siempre mojados y algunas graciosas muecas se había convertido en tu único motivo de vivir.

Ellos tendrán que saber que fueron muchas las noches durante las cuales charlé contigo en los diversos bares donde trabajaste, los cuales, no sé por qué cosa del destino - tal vez por agujero tuyo - siempre quedaban en esa manzana atestada de bares y de hospedajes de mala muerte que visitaban quienes acostumbraban masturbarse en vaginas ya insensibles de tanto trajinar con penes. Sabrán que yo supe muy bien desde un principio y después lo pude confirmar, que en ese entonces eras distinta a aquellas que compartían a disgusto su cuerpo por unos cuantos pesos porque la miseria las llamó a gritos y, no pudiendo escapársele, terminaban por ahí cerca o en esa manzana comprendida por las calles Maturín y Amador, y las carreras

Palacé y Junín, la cual ahora es una serie de rascacielos llenos de oficinas donde solamente se oye la música no tan estruendosa pero sí desesperante de las máquinas de escribir y los ventiladores que tratan de disimular el calor que se le mete a uno por todo el cuerpo mientras uno observa asombrado cómo la gente vive tan plácidamente entre montañas de papeles.

Recuerdo muy bien la anciana que iba todas las noches a las siete a venderles tamales frescos; los niños que de mesa en mesa pedían limosna; las vibraciones de la música salsa llenando todo el semioscuro salón y metiéndose obstinadamente en mis oídos; los improvisados bailarines que se levantaban de cualquier mesa a mostrar cómo sus piernas, sus brazos, sus cuerpos enteros se sacudían en agilísimos movimientos que todos veíamos desprevenidamente sabiendo que no era más que el desahogo de una energía acumulada trago tras trago, rabia tras rabia, angustia tras angustia. Guardo en la memoria tu sonrisa tímidamente dibujada en tu rostro por tus gruesos labios, las palmadas del salonero llamándote a cada rato para que atendieras las mesas, los instantes durante los cuales me quedaba solo pensando en ti, y aquellos momentos en los cuales me contabas tus sueños de trabajar en una fábrica, de encontrar a alguien que te sacara de allí y te llevara a vivir mejor vida, de no tener nunca que llegar a vender tu cuerpo, de que tu hija creciera sin tener que sufrir todo lo que tú habías sufrido desde el día cuando tus padres, siempre devotos del Sagrado Corazón, al saber que estabas en embarazo te echaron de la casa a escobazos y luego te lanzaron la ropa por la ventana. Para transportarla tuviste que conseguir una caja, de esas en las cuales empaican las galletas de soda, la cual después de algunas reformas te sirvió de cuna para la niña y allí, paradójicamente, ella tuvo que pasar largas noches de hambre.

¡Ah! También recuerdo aquella vez que después de tomarme tres aguardientes - nunca tomaba más - y de comerme unos trozos de naranja agria, de esos que cuando alguien por fin se los come es porque ya han sido exhibidos en muchas otras mesas como pasante, me encontré charlando contigo muy de cerca, cara a cara, y terminé juntando por primera vez mis labios con los tuyos y dejé que mi lengua jugueteara con la tuya como dos peces en celo. Y la primera vez que besé tus senos, ese domingo que nos fuimos solos de paseo al campo. Pero especialmente, y con mucha ternura, recuerdo esa noche cuando en una ancha cama de pensión para hacer el amor - de esas de cierto caché que durante toda la semana, pero especialmente viernes, sábado y domingo, están llenas de parejas compartiendo a escondidas sus cuerpos porque los padres de ellas todavía creen que la membrana sigue sin romperse anunciando a todos los vientos que la virginidad se preserva - compartimos tu piel negra y mi piel blanca, tus brazos y tus piernas entrelazados con mis brazos y mis piernas, tu boca en mi boca, mi cuerpo en tu cuerpo, nuestro tierno y amoroso jugueteo, las sensaciones que quise darte, las sensaciones que me hiciste sentir. Y cómo después nos seguimos viendo a mayores intervalos hasta que un día cualquiera no pude encontrarte. A pesar de haberme recorrido todos aquellos bares de estruendosa música durante casi un mes, no pude encontrarte. Me enteré que te habías marchado para otra ciudad pero nunca supe cuál. Tú nunca supiste que las noches se tomaron más oscuras, Los días mermaron su amarilla luz, la angustia arañó mi piel y de todos mis poros brotó lentamente el desespero.

Pero el tiempo, ese inobjetable compañero, lo borró todo.

A través de los años aprendí a aclarar mis pensamientos y a confirmar mis posiciones vitales. De todas formas siempre fuiste un grato recuerdo. Recorrí miles de células diferentes a las células de tu piel negra y añoré volver a darte mi ternura. Por eso me fue tan trágico ver esa noche tu misma nariz chata, tu pelo ensortijado, esa sonrisa falsa con la misma forma de la sonrisa tierna que conocí hace muchos años, tu cuerpo recostado en una pared junto a la verja de no sé cuál prendería, charlando con un tipo cualquiera para luego caminar cansadamente - con él siguiéndote, como si la cuestión no fuera contigo - hacia una pensión cercana. Un ligero escalofrío recorrió mi cuerpo y luego en mi rostro empecé a sentir un intenso calor. Mi mano se deslizó casi desprevenidamente y palpó el frío de la navaja. Durante veinte largos, casi eternos minutos, esperé tu salida. Te dirigiste a la misma pared a esperar un nuevo cliente. Caminé lentamente hacia ti. Al principio no me reconociste. Cuando te llamé por tu nombre me miraste extrañada y mientras empezaban a surgir los recuerdos saqué mi mano con la navaja empuñada y antes de que la hoja de metal penetrara en tu cuerpo gritaste a todo pulmón un estruendoso "¡No!" como suplicándome que no te rompiera definitivamente la esperanza.

Te apuñalé varias veces. No recuerdo cuántas. La sangre brotó a chorros intermitentes de un color rojo intenso y baño mis ropas.

Corrí con todo lo que daban mis piernas, pero no había recorrido muchos metros, cuando sentí que alguien me hizo caer. Luego vinieron una serie de golpes mientras yo me revolcaba. Después, nada.

Policías, jueces, papeles y palabras. Tu hija insultándome miles de veces y mostrándome en la mirada su infinito odio. Mi esposa y mis dos hijos siempre llorando. Y ahora esto... absoluta soledad. Si pudiera romper

los muros saldría nuevamente a recorrer las calles para buscarte. Podría darte aliento y no importando cuántos penes existieron en tu cuerpo, viviría contigo. ¡Qué habría de importarme todo!... pero no puedo hacerlo. ¡Putal vida! Yo había dicho muchas veces, y con mucha razón, que mis años juveniles en colegios religiosos a algún mal punto habrían de llevarme.

ADREIMATUPAL

Ahí estás Carlos, simplemente tendido en una caja, sintiendo que tu cuerpo no respira y tratando de mover tus miembros sin poder hacerlo, con esas enormes ansías de defenderte, con tu angustia, con tu impotencia, simplemente tendido. Nunca lo creíste, pero la verdad la demuestra ese tu actual silencio y tus últimos inútiles quejidos.

Quisieras estar recorriendo las empedradas calles de este Adreimatupal que llegaste a querer demasiado, sin saber que en él se estaban entretejiendo miles de hilos que te conducirían como marioneta predestinada a esa actual caja de madera burda que ahora habitas. Solo te quedan tus fútiles deseos y las últimas impresionantes imágenes que debiste tener. ¡Ah! Algo más... el polvo impregnado en tu piel y en tus cabellos como cuando en tu pueblo murió tu padre.

Pienso que apenas ahora logras aceptarlo. A tu padre no lo mató ningún bandolero. Lo mató el deseo de protestar por lo que no creía correcto. Con su barba apenas asomada y sus músculos recios de tanto trabajar la tierra, tu padre era uno de esos hombres que defiende con hechos sus palabras. Tú no le aprendiste nada. Cuando creciste simplemente mirabas, decías que estaba mal pero te resignabas. Parece que te hubiera faltado peso en los testículos.

Nunca pensaste que podrías arreglar las situaciones injustas, las aceptabas con esa tu natural calma que desespera.

No sé por qué llegaste aquí, a este Adreimatupal, pueblo frío, de cabezas asomadas en ruanas, con un parque pequeño que parece hecho para practicar alpinismo o para fortalecer las piernas, una iglesia grande que se va quedando cada día más sola y varias calles empedradas, con olor a boñiga, que se cruzan sin ningún orden definido. Pero lo hiciste. Arribaste una tarde cualquiera de ese lluvioso marzo de hace tres años. Con tu ingenua sonrisa te fuiste ganando a todos. Vendiste mucho: ropa, zapatos, herramientas, trago, libros y hasta esa máquina grande que nunca llegaste a saber qué era. Por tu exagerada inocencia y tu noble alma, no lograste hacerte rico. Eso te hubiera salvado.

- Ellos me protegen - me dijiste una vez.

- ¡Qué bah! No les importas. Simplemente eres el vecino del frente.

Nunca supieron que en tus noches de insomnio te asomabas a la ventana y observabas. De haberlo sabido te hubieran matado hace mucho tiempo. Con tus nocturnas miradas aprendiste que la vida nos pende de un hilo y que la tijera para cortarlo no la tenemos generalmente en nuestra mano.

Pudiste ver y escuchar más que cualquiera. Sé que siempre en tu mente taladrarán los gritos que continuamente lograbas oír y que nunca dejarás de extrañar esos enormes “bultos de basura” que sacaban algunas noches de la manera más sigilosa, pero que no lograban escapar a tus nocturnas miradas. Sé también lo que pensabas.

- Seguramente han hecho algo malo - me dijiste.

- ¿Y tú qué sabes?

- Pues de no ser así, los Guardianes del Orden no les harían nada.

Desde pequeño te habían enseñado que eran los dignos representantes del Gobierno; siempre preocupados por la prosperidad y seguridad de todas las personas y como tales: justos, equitativos y desinteresados.

Todo empezó a cambiar desde la noche en que viste entrar a fuerza de empujones a alguien que se te pareció mucho a José. A la mente se te vinieron las tantas veces que estuvimos tomando con él unos tragos en el café de Francisco Antonio. Y las tantas veces que él te llevo cargado a tu casa y te acostó, porque de la borrachera no podías sostenerte. ¿Te acuerdas que al día siguiente saliste temprano en busca de él y no lo encontraste? Fuiste entonces a hablar con ellos. Te afirmaron que habían traído a alguien pero que por una parte no se llamaba José y por otra, había salido para su casa a la madrugada. Preguntamos por él en muchos sitios y a mucha gente.

- Parece que se fue a vivir a la capital.

- ¿Quién te lo dijo?

- Don Alfonso - y agregaste -. Que ya estaba harto de todo y que por eso no quería despedirse de nadie

- ¿Y tú le crees?

- ¿Por qué no?

- Porque hace tiempo estaban tratando de comprarle la finca. Y él no quería irse.

- Don Alfonso me dijo que se la había vendido a don Ramón Montoya, el dueño de la hacienda que queda al lado y que preside cuanta fiesta o celebración hay en aquí.

- No sé - te dije con duda -. De todas formas me parece muy extraño que no se hubiera despedido de nosotros. Éramos sus amigos.

Sé, por la expresión que tenías en tu rostro, que te pusiste a pensar en otra cosa. Seguramente a recordar el domingo de hace unos ocho meses cuando conociste a María en la finca de José. Realmente era una mujer muy bonita. Su esbelta figura, su costumbre de no agachar la cabeza y enfrentar cuanto reto se le ponía, la hacían sobresalir entre todas las mujeres de este pueblo. Nunca he podido comprender cómo congeniaron ustedes dos. Pero lo hicieron.

Tus minutos empezaron su conteo regresivo la noche en la cual viste la misma figura de María, pero con las ropas raídas, atravesar la puerta de la casa de enfrente. Por un instante pensaste en salir y averiguar qué pasaba con ella, pero por primera vez sentiste miedo de los Guardianes del Orden y te quedaste inmóvil mirando toda la noche a través de la ventana, mientras tu mente cavilaba sobre muchas muertes ocurridas y siempre explicadas por la existencia de bandoleros, y sobre algunas personas que se marchaban en silencio a buscar oportunidades en ese conglomerado de cemento, carros y bullicio que es la capital. Empezaste a dudar, después de dos meses, de que José realmente se hubiera ido para la capital.

- No es confiable - te dije al amanecer, refiriéndome al otro gamonal del pueblo, don Esteban Restrepo.

- Pero cómo no va a serlo - me replicaste -. Tiene sentimientos muy cristianos. No ves que todos los domingos lee el evangelio en la misa del mediodía.

- Tengo mis dudas. ¿Recuerdas a Pedro González y Domingo Arango?

- Sí. Los que encontraron junto a la cañada.

- El día anterior conversaron con don Esteban sobre el viaje que habían realizado a la capital para hablar con los políticos de allá, sobre las irregularidades que se estaban presentando en el pueblo.

- Eso fue coincidencia - dijiste sin reflexionarlo y en tu desespero afirmaste -. Es el único que puede ayudarme. Tiene muy buenas relaciones con ellos.

No pude retenerte. Recuerdo lo ilusionado que regresaste.

- En media hora vendrá a hablar con ellos. Me dijo que lo esperara en casa.

Te acompañé allí durante dos horas, con la mirada fija en la ventana. El tiempo pasó con lentitud, como lo hace siempre que hay angustia y desesperación.

- No vendrá - dije finalmente -. Iré por algunos amigos. Si nos presentamos quince o veinte a averiguar sobre María, no creo que se atrevan a hacernos algo.

Cuando llegamos, tú ya no estabas.

Te encontraron hoy, junto a María, en un matorral en las afueras del pueblo. Te dije que no hablaras con don Esteban, ni con don Ramón, ni con el alcalde. Y que incluso temía que hablaras con el cura.

Por eso estás ahí Carlos, simplemente tendido en una caja, sintiendo que tu cuerpo ya no respira y tratando de mover tus miembros, con esas enormes ansías de defenderte, con tu angustia, con tu impotencia, simplemente tendido. Nunca lo habías creído, sólo la verdad la muestra tu actual silencio, tus últimos inútiles quejidos, esas cuatro velas que te rodean y las dos señoras que a mi lado conversan acerca de la minuciosa

investigación que están llevando a cabo los Guardianes del Orden para dar con los infames asesinos.

Mientras tanto, yo pienso en silencio, que algún día morirán. E inconscientemente me corrijo: mañana morirán. Sí. Pero de cualquier manera. No en la forma cómo matan a los demás para luego pasearse con su sonrisa de satisfacción por los desolados caminos de Adreimatupal.

LIBERTAD DEFINITIVA

Por fin había llegado el día. Fueron diez largos años. Y cuando se habla de pasarlos en una cárcel se sienten eternos.

Ahora sabía que no debió haberlos matado. Las venganzas no son buenas y menos por cosas tan nimias. Las tres vacas que le robaron no justificaban tanto sufrimiento.

- ¡Ah...fueron esos hijueputas! - exclamó cuando Pedro, el mayordomo de la hacienda vecina le contó que los había visto pasar, y había podido reconocerlos claramente a pesar de la poca luz que la uña de luna regaba sobre el campo. Y agregó con ese brote de odio incontrolable -. ¡Me la pagarán bien caro!

- ¿Ira e intenso dolor? - preguntó en tono burlesco el abogado de la contraparte, respondiéndose inmediatamente -. No se pueden alegar cuando tuvo dos semanas para planear la muerte.

Fue inútil. Todo estaba en su contra. El ser uno de los gamonales de la región le dio mucha confianza y no tomó las precauciones suficientes. Además las muertes de cuatreros, nunca aclaradas, lo alentaban en su deseo de enviarlos a matar.

- Sí, patrón. Yo le hago ese trabajo por quinientos mil pesos.

- ¡Pero eso es más de lo que valían las vacas!

- Usted verá patrón, pero matar a alguien no es fácil. Además, así usted evita que esos dos le vuelvan a robar más vacas. O usted puede

contratar un abogado para que les haga un juicio y seguro que le sale más caro.

- Está bien. Tomé cien mil y le daré el resto cuando los haya matado.

Lo hizo. Lo cogieron y “cantó”.

- Patrón, tuve que hacerlo. ¡Me torturaron! - le dijo rápidamente y en voz baja cuando se cruzaron a la entrada del juicio.

- ¡Claro hijueputa! - alcanzó a decirle.

La angustia del encierro se hacía mayor cada vez que su esposa lo visitaba con sus dos pequeñas hijas. Pero después de dos años se suspendieron.

- Me dijeron que se había conseguido otro y se fue con él y las hijas para otra ciudad - le dijo un vecino que fue a visitarlo.

Fueron duros años. Pero por fin habían terminado. Empezaría una nueva vida. Volvería a tener una hacienda, conseguiría otra mujer y otros hijos, y definitivamente, no volvería a hacerle ningún mal a nadie.

Cruzó con aire de satisfacción la puerta de la penitenciaría. Respiró hondo. Observó las casas ubicadas a dos cuadras después del amplio terreno que separaba la cárcel del barrio vecino. Y emprendió a pie el camino hacia la estación de buses, que quedaba allí cerca.

A los cinco minutos se oyeron dos disparos. Otra inútil venganza, había roto definitivamente sus sueños.

SABOREAR EL AMOR

Sacó un trozo de carne del refrigerador. Observó que todavía tenía suficiente para dos meses más. Sabía que bien refrigerada podía conservarla hasta por medio año. Por eso no se apresuraba en consumirla. Así la deleitaría por largo tiempo.

La metió en una vasija, donde previamente había puesto una mezcla de vinagre, cilantro, pimienta y un poco de sal. Y salió para su trabajo.

Durante el día recordó la sensual figura de la mujer que amaba. Su cabello largo que caía a un tercio de la espalda. Sus ojos claros. La piel blanca que contenía las provocantes formas de su cuerpo. Y sonrió. Esa noche, como tantas otras noches, comería con ella.

El día pasó igual que tantos otros días, en el calor de la cocina del restaurante donde trabajaba. Él, como muchos chinos que viven en el exterior de su patria, ejercía el oficio de cocinero para poder sobrevivir. Y como muchos de ellos se había enamorado de una mujer de otra raza.

Regresó a su apartamento a las diez de la noche. Inmediatamente se puso a cocinar la carne, preparar un poco de ensalada, arreglar la mesa, servir un poco de vino y realizar todas las rutinarias labores que se necesitan para una buena cena.

A las diez y media de la noche, tal como se lo había prometido, se sentó a la mesa a saborear el trozo de carne de su mujer amada.

LA ESPERA

¿Dónde están las palabras?
¿A dónde fueron los sueños?
¿A dónde la risa?
Y las caricias que fueron
consuelo en el silencio...
¿dónde están?, ¿por qué se han ido?

- ¡Estoy muy preocupada! ¿Por qué no habrá llegado? - le dijo doña María Antonia de Cisneros a su hija, mientras sacaba el "bolinillo" de la chocolatera y empezaba a servir el desayuno - Ya es tiempo de que lo hubiera hecho. O al menos de que llamara. Hoy es martes. Lo estaba esperando para el domingo. Está bien que por algún inconveniente no llegue al día siguiente. Algunas veces le ha pasado. Pero..., que se quede dos días sin llamar, ¡nunca había ocurrido!

- Algún problema se le habrá presentado - le replicó Francisca -. Y como no tenemos a quién preguntarle lo mejor será esperar al menos dos días más.

Sabían que había salido el martes anterior de Buenavista hacia la capital del país, a unas ocho horas en bus. Pero no sabían a quién exactamente había ido a visitar.

Desde que mataron a don Recaredo Cisneros, cinco años atrás, sin que nunca hubieran podido encontrar al culpable, doña María Antonia se había apegado cada vez más a su hijo. Este se había convertido en el eje de la familia. Además era el único que aportaba económicamente, pues doña María Antonia, a pesar de no haber llegado a sus sesenta años, estaba impedida para trabajar a causa de un dolor en la columna que se le había agravado últimamente; y Francisca, a los veinticuatro años, no lograba conseguir puesto alguno pues era bien conocida en el pueblo su inclinación a la bebida.

El jueves no aguantaron más. Aunque ya habían preguntado a sus amigos más allegados, empezaron a indagar en todo el pueblo si alguien sabía a qué había ido a la capital.

- ¿El doctor Romario Cisneros? - dijo el joven campesino -. Me parece que fue el que salió para la capital a tratar el asunto de la muerte de los cinco campesinos de la vereda El Jagual.

- ¿Y usted sabe con quién iba a hablar? - se apresuró a preguntar Francisca.

- No, no sé - se limitó a responder el informante.

Por ser uno de los dos abogados que laboraban en el frío pueblo, mucha gente recurría a él cuando se presentaban problemas legales.

Francisca averiguó en la inspección de policía cómo pudieran tratar de localizarlo. El asunto no era fácil. Lo mejor era empezar siendo pesimistas. Es decir, sospechar que algo malo le hubiera pasado. Si estuviera enfermo de alguna forma hubiera avisado. Podría ser que estuviera muerto. Habría que preguntar en el anfiteatro de la capital. El agente Restrepo les ayudó a hacerlo.

- Vea señor, lo llamamos de la inspección de Buenavista. Es que hay alguien del pueblo que no ha regresado y queremos ir eliminando las peores posibilidades.

- ¿Cómo es el señor que buscan?

- Alto..., blanco..., no muy gordo..., de pelo liso..., con bigote - dijo lentamente el policía recordando la figura de Romario.

- Y con un lunar en la mejilla - le ayudó Francisca señalándose la mejilla derecha.

- Con un lunar en la mejilla derecha - continuó el agente Restrepo.

- Aquí sí se encuentra alguien con la descripción que ustedes dicen - se oyó a través de la bocina -. Ya íbamos a enterrarlo como otro N.N, pues nadie se presentaba. Bien pueden venir a reconocerlo.

Francisca no creyó que fuera cierto. Por eso decidió no decirle nada a su madre.

- Mami... yo creo que lo mejor es que yo vaya a la capital con Pablo, y lo busquemos directamente allá. A lo mejor está en un hospital inconsciente o detenido o no sé qué - dijo ofuscándose -, pero no podemos quedarnos más aquí con los brazos cruzados esperando a que aparezca.

- Creo que es lo mejor - dijo la madre -. Pero cuídate del trago. Yo le daré a tu primo unos pocos ahorros que tengo para que puedan estar en la capital por unos días, mientras lo encuentran.

Hicieron maletas y al día siguiente salieron. Pablo, con treinta y cinco años, era el primo más allegado a Romario. Tenía una pequeña zapatería con la que lograba sostener a su esposa y dos pequeños hijos.

De la terminal de autobuses fueron en taxi directamente al anfiteatro. Con profunda angustia entraron a reconocerlo.

- ¡No es él! - dijo Francisca con alivio cuando levantaron la parte superior de la sábana para dejar ver el rostro.

- No. No es él, señor - confirmó Pablo.

- Bueno, entonces tendrán que buscarlo en otra parte - dijo el médico legista al momento de cubrir el cadáver.

- ¿Y dónde podemos hacerlo?

- Posiblemente esté detenido y no haya podido comunicarse.

Fueron a la estación de policía más cercana, pero su nombre no aparecía registrado ni allí ni en otras estaciones de policía. Decidieron ir al cuartel del ejército.

- ¿Por quién preguntan? - interrogó el soldado desde el interior de la caseta.

- Por Romario Cisneros, quien se encuentra desaparecido desde hace varios días.

El soldado cogió un libro de pasta gruesa de color gris. Y comenzó a recorrer, con su dedo índice, las páginas de atrás para adelante. Al cabo de dos minutos:

- ¿Cuánto hace que no lo ven?

- Dos semanas - dijo Francisca.

- Pues ya revisé la lista de los detenidos desde hace tres semanas. O sea que aquí no está.

Buscaron por muchas partes. Estuvieron preguntando en las casas de algunas familias del pueblo que se habían venido a vivir en la capital. Pero nadie sabía de él.

Se hicieron toda clase de conjeturas:

- Se debió haber ido para el monte - dijo un policía de aspecto bonachón, que los atendió en la oficina central de la policía - Por lo que usted me cuenta posiblemente está de guerrillero.

- El hecho de que ayudara a la gente pobre no quiere decir que era guerrillero - le objetó con rabia Francisca -. Es más, nunca estuvo de acuerdo con la violencia, y jamás quiso aprender a manejar un arma.

- Ah, entonces se ve que no prestó el servicio militar - dijo con sorna el policía -, debe ser de esos hijos de papi que pagan porque les da miedo.

- No, no es ningún hijo de papi. ¡Además a usted no le importa!

Y salió del cuarto. Pablo inmediatamente la siguió.

- No será mijita que se fue con alguna novia a quien ustedes no quisieran - insinuó doña Milvia, quien se había venido con toda la familia para la capital -. Ese muchacho era muy enamorado. Además tenía muy buena pinta. A mi hija Gloria, que ya tiene dos bebés, todavía le brillan los ojos cuando habla de él.

- ¡No! doña Milvia, en mi casa nunca le pusimos problema por ninguna amiga que tuviera. Y aunque fuera así, de todas formas, se hubiera comunicado con nosotras. No nos dejaría con esta intranquilidad.

- Tal vez no llegó a la capital - le dijo Antonio José quien había sido el primer novio de Francisca.

- No, Toño. Él, sí llegó. Mi madre le preguntó a Pedro, el señor que ahora está manejando el bus que va al pueblo. Y él confirmó que lo había dejado en la terminal. Él nos ha estado ayudando preguntándole a todos los que viajan por si alguien sabe de mi hermano. Romario le ayudó cuando lo querían sacar de la casa donde vive aquí.

- ¡Aló! ¡Mami! ¿Me estás oyendo? - casi no podía escucharla.

- Sí, hija, te escucho - le respondió doña María Antonia quien había llegado a la telefónica media hora antes a esperar la llamada de su hija. Habían acordado que todos los días a las siete de la noche la llamaría.

- Mami, nada - la misma expresión de las diez llamadas anteriores -. No hemos podido encontrarlo.

Nuevamente un vacío recorrió el abundante cuerpo de doña María Antonia, quien se quedó en silencio.

- ¡Mami! ¿Me oyes?

- Sí hija. Te oigo - dijo con lentitud -. ¿Y tienen dónde más poder buscarlo?

- No mami. Ya no sabemos qué hacer. Además se nos está acabando la plata.

- Vénganse mañana - dijo con honda tristeza doña María Antonia.

En efecto, al otro día regresaron.

- ¿Y ahora qué hacemos? - preguntó Francisca cuando terminó de relatar a su madre nuevamente todas las diligencias que habían hecho.

- Seguiré rezando, pero no me quedaré callada. Para mí, que fueron los militares. Por ahí andan diciendo que la masacre de los del Jagual fue hecha por una patrulla del ejército vestida de civil.

- Pero si habían dicho que era una represalia de la guerrilla.

- Pues eso era lo que estaba averiguando Romario.

- Pero mami, no hay ninguna prueba.

- ¡No me importa! - interrumpió ella decidida.

Y comenzó a organizar la protesta. Dos semanas después hubo un día de paro cívico en el pueblo. De la capital llegó el secretario del gobierno departamental. Y prometió presionar para que se le diera curso

a la denuncia que ya había sido puesta. Pero los días pasaban y nada se lograba en concreto. Ni siquiera un investigador había sido nombrado para el caso. A los dos meses un nuevo paro cívico. Esta vez sí lograron que alguien fuera asignado al caso.

El abogado Juan Berrío se reunió con mucha gente tratando de unir cabos. Pero a ninguna conclusión definitiva pudo llegar.

- Puede haber sido alguien del ejército. Ellos mismos han reconocido que algunos miembros pueden extralimitarse en sus funciones y que controlarlo es difícil. Además en este caso no hay cómo comprobar que los culpables de la desaparición de Romario sean miembros del ejército. Puede que nosotros estemos equivocados y que él esté en alguna parte.

- Pero, ¿dónde? - preguntó con impaciencia doña María Antonia.

- No sé - se limitó a decir Juan Berrío.

Las entidades del gobierno que velan por el respeto de los derechos humanos y las organizaciones que trabajan por la defensa de estos derechos tanto nacional como internacionalmente, se interesaron en el caso. Pero han pasado cinco años y Romario no ha vuelto.

Una cosa es el dolor que causan los seres queridos cuando uno sabe que se marcharon definitivamente, y otra muy distinta cuando uno espera, y espera y espera... y trata inútilmente de alimentar la esperanza.

Francisca se casó y se fue a vivir con su marido a El Guamal, un pueblo cercano donde él trabaja como herrero. Doña María Antonia vive sola y todas las tardes se sienta en la silla mecedora, que tiene en el pequeño corredor que subraya el frente de su casa, a recordar cuando Romario llegaba con su natural entusiasmo y la abrazaba.

- ¡Mami! ¡Qué bien! Ahora sí estamos haciendo cosas por este pueblo y por fin tendremos paz.

PS. Todos los personajes y sucesos de este cuento son sólo ficción. Cualquier semejanza a algún hecho que haya ocurrido es pura coincidencia.

EL BUEN DESCANSO

- Debe ver un estomatólogo - le dijo ella mientras le ponía el dinero en su pequeña cartera negra.

- ¿Y cómo lo sabes?

- Porque estudié tres semestres de medicina.

“Definitivamente, no es una putica cualquiera”, pensó él.

- No te vistas. - le dijo al ver que cogía el vestido negro que había dejado abandonado en la silla ubicada cerca de la cama - Me gusta verte desnuda. Y me gustaría saber por qué estás en esto.

Ella lo observó detenidamente, como pensando si valía la pena contarle cosas de su vida. Muchos se lo habían solicitado antes. Nunca había querido hablar de ello. Pero esta vez sintió en lo más profundo de sí misma, que debía hacerlo. Este sentimiento le extrañó. Lo justificó al recordar que muchas veces le habían dicho que hablar de las penas sirve para aceptarlas y finalmente superarlas.

Se acomodó de nuevo en la cama, recostándose en el espaldar. Él puso la cabeza en sus piernas, y ella empezó su relato:

- En la casa éramos cuatro. Mi madre, un hermano, una hermana y yo. Mi padre nos abandonó cuando yo apenas tenía un año. Nunca lo conocí. Mi madre nos crio trabajando de lavandera, hasta que la artritis no le permitió continuar. Afortunadamente mi hermano ya había conseguido un puesto. Y con su salario pudimos sostenernos. Mi padre nos había

dejado una pequeña casa con dos habitaciones. El no tener que pagar alquiler nos ayudó mucho.

Cuando mi hermana, quien me lleva diez años, empezó a trabajar, decidieron que harían el esfuerzo para que yo estudiara y pudiera convertirme algún día en una profesional. Que tal vez así, lograríamos salir, algún día, de la pobreza.

Con esa responsabilidad a cuestas me dediqué a estudiar con ahínco desde que era una niña. Siempre fui de las mejores de la clase. Pasé a la universidad sin ninguna dificultad. Todo transcurrió normalmente hasta el día en que hirieron a mi hermano.

- ¿Por qué lo hicieron? - interrumpió él.

- Regresaba de la fábrica. Eran aproximadamente las diez de la noche. Cuando le faltaban dos cuadras para llegar a la casa, aparecieron un jeep Montero y un Mazda, y desde el interior le dispararon a un grupo de ocho muchachos que se encontraban conversando en la esquina. Cuando pasaron cerca de mi hermano, quien venía caminando a unos cincuenta metros del grupo, y que al oír las descargas se había tirado al suelo, lo abalearon.

Desde la casa alcanzamos a oír los tiros.

- “ ¡Otra masacre!” - gritó mi madre.

Aunque no lo dijo, por su expresión comprendí que por su mente cruzó la posibilidad de que mi hermano estuviera entre las víctimas.

Como otras veces, después de los disparos, un silencio de pocos segundos que parecen eternos. Y luego, los gritos. Infinidad de gritos en el barrio. Cuando iba asomarme a la puerta para ver qué había pasado, alcancé a oír la voz de una amiga que gritaba:

- ¡María! ¡María! ¡Hirieron a tu hermano!

Salí corriendo. Por los gemidos, supe que mi madre me seguía, llena de angustia. Pasamos cerca a los cuerpos heridos y algunos sin vida, que yacían sobre charcos de sangre.

- Tu hermano está adelante.

Allí estaba. Tirado en la acera, con una herida en un costado del pecho.

- Ayúdame Teresa - dijo con esfuerzo, mientras la sangre salía a borbotones.

Acaté a coger su pañuelo y con él hacer presión en la herida, tratando de que el rojo líquido no se escapara de su cuerpo.

- ¡Viene un taxi! - gritó alguien.

- ¡Párenlo! - dije inmediatamente. Así lo hicieron.

- Señor. Necesitamos que lleve a este muchacho que todavía está vivo - alcancé a oír.

- ¡No puedo! Después me lo achacan a mí.

Al oír esto, corrí hacia el taxi.

- ¡Señor, ayúdenos! Yo voy con usted. ¡Soy la hermana de él!

Al ver mi cara de angustia, accedió. No sin antes decir:

- Esperen un momento. Yo puse este plástico para que no se me manche la "cojinería".

Con la ayuda de mi madre, quien no lograba modular ni una palabra, y de algunos vecinos, logramos montarlo. Rápidamente llegamos a la policlínica.

Lo pusieron en una camilla metálica, alta, con ruedas pequeñas. Y se lo llevaron por un corredor largo, que logramos ver antes de que las dos anchas puertas se cerraran. A nosotras no nos dejaron ingresar. Dimos

los datos de identificación en la casilla de entrada. Y nos sentamos en una banca larga.

- Señorita - me dijo un muchacho de unos 22 años, bien peinado, de tez bronceada, que se sentó a nuestro lado -, es mejor prevenir y asegurar un buen entierro.

- ¡Pero, si mi hermano no ha muerto! - respondí con rabia.

- No se enoje señorita - dijo él con el mismo calmado tono de voz -. Dios quiera que no muera. Pero uno nunca sabe. Y su hermano agradecería que le dieran el entierro que él se merece. Para eso estamos nosotros. Funeraria El Buen Descanso le brinda los mejores servicios y a los precios más económicos. Y así ustedes no tienen, en el momento de afrontar ese gran dolor de la separación, que ponerse a hacer tantas vueltas. ¡Nosotros nos encargamos de todo!

- ¡Déjenos tranquilas! - le supliqué. Pero él siguió como si no me hubiera oído.

- Es muy sencillo. No es sino que firme este papel, donde como usted puede ver aparecen todos los servicios que préstamos y a los mejores precios de la ciudad. Claro está que si su hermano se salva, y Dios quiera que sea así - en ese momento elevó los ojos al cielo -, éste papel no tendrá ningún sentido.

- ¡No nos interesa! - le interrumpí antes de que siguiera.

- Tal vez sea bueno prevenimos, hija - dijo mi madre emitiendo las primeras palabras desde que recogimos a mi hermano, mostrando con ellas que era poca la esperanza que guardaba -. ¿Qué es lo que hay que hacer, señor? - agregó dirigiéndose al muchacho.

- Como ya dije señora, basta firmar este papel y Funeraria El Buen Descanso se encargará de todo.

Preferí quedarme callada y dejé que mi madre firmara.

- ¡Muy inteligente decisión! Estaremos atentos y rezando para que su hijo no se muera - dijo mientras se alejaba de nosotras.

Nos quedamos en silencio. No quisimos tocar más el tema. Nuestra única preocupación era que mi hermano viviera.

Tres horas más tarde, casi a la madrugada, un hombre vestido con una bata blanca salió y preguntó con tono militar:

- ¿Quiénes son los familiares de Carlos Zapata?

- Nosotras somos - me apresuré a decir.

- Lamento informarles que murió - lo dijo así, fríamente.

Tuve la sensación de un puñal hundiéndose en mi pecho. Mi madre también debió haberla tenido.

Como caído del cielo, el tipo de la funeraria apareció.

- Cuánto lo siento... señora, señorita - dijo con un tono de fingida tristeza, y añadió dirigiéndose a mi madre -. Afortunadamente contrataron nuestros servicios. El cadáver, se demoran en entregarlo, pero les ayudaré para que lo vean. Luego, se van a su casa y descansan. Nosotros nos ocuparemos de todo. A propósito... ¿Dónde quiere que se le haga la velación? Le sugerimos la casa de velación La Buena Despedida. Así no se enreda usted en su casa. Y el cofre... ¿Cómo lo quiere? ¿Gris, negro, crema? ¿En madera o metálico?, ¿Qué cementerio prefiere? ¿Lo piensa cremar o enterrar?

- ¡Haga lo que quiera! - le interrumpió mi madre con voz entrecortada.

- ¡Gracias por su confianza! No la decepcionaremos, señora- dijo él con una cierta sonrisa de satisfacción.

Se dirigió entonces a hablar con la persona que vigilaba la ancha puerta. Nos permitieron entrar y ver el cadáver de mi hermano. Ambas, llorando profusamente, nos abrazamos a él.

Diez minutos más tarde nos sacaron. Viendo que no podíamos hacer nada más, nos fuimos para la casa a esperar que nos llamaran los de la funeraria.

- ¿Se supo quiénes fueron los culpables de la masacre? - interrumpió él.

- Eso casi nunca se sabe. Y cuando se logra saber, nunca se hace nada.

- ¿Por qué?

- ¡No hablemos de eso! - dijo ella, ofuscada. Era un tema sobre el cual no le gustaba hablar. Sabía lo inútil que es arriesgarse a encontrar a los culpables de las masacres.

- Entonces... cuénteme del entierro - dijo él con lentitud, tratando de ser delicado en la invitación a que continuara el relato.

- Igual a todos. Fue mucha gente. A él lo querían mucho en el barrio y en la fábrica. Tuvimos que contratar cuatro buses para transportar las personas desde la sala de velación hasta el cementerio.

- ¿Entonces les costó mucho?

- Sí, mucho. Cuando terminó el entierro, el muchacho de la noche anterior se acercó y nos dijo que no nos preocupáramos, que la cuenta nos la hacían llegar a la casa.

- Sí ve hija, que es gente muy buena - dijo mi madre -. ¿Vio que bonito que estuvo el entierro?

- Sí, mami - me limité a responder.

Al día siguiente llegó la cuenta. No lo podíamos creer. Nos cayó como un baldado de agua fría sobre la tristeza que ya nos acongojaba. Todavía la tengo grabada en la mente: " Servicios básicos (incluidos los carteles) \$ 260.000, (alquiler de cofre) \$ 360.000, "cenizario" \$ 40.000, misa \$ 5.000, cremación \$ 55.000, sala de velación \$ 122.880, buses \$ 80.000. Total \$ 922.880".

- ¿Qué son los servicios básicos? - le preguntamos cuando fuimos a aclarar las cosas con el tipo de la funeraria.

- Pues ustedes saben - dijo con un cierto aire de sabiduría -, la consecución del certificado de defunción, el transporte a la funeraria para arreglar el difunto, dicho arreglo, la elaboración de los carteles, las tarjetitas de agradecimiento que entregamos al final y el trabajo de coordinación de todo el entierro.

- ¿Y cuánto vale un ataúd? - pregunté por el alto precio que tenía el arrendamiento.

- El cofre que utilizamos vale \$ 360.000 - respondió a secas.

- Entonces... por qué nos está cobrando \$ 360.000 por el arrendamiento, pues mi hermano solo lo utilizó mientras pasaba el entierro y lo cremaban.

- Usted sabe. Así son las cosas. Tenga en cuenta que al cofre hay que hacerle limpieza y algunas reparaciones después de cada entierro.

- ¿Reparaciones que cuestan lo mismo que el ataúd entero? - dije con rabia

- Pues, no precisamente..., pero cuestan - respondió y agregó tratando de dar por terminada la discusión -. Esa es la tarifa que se acostumbra en el medio. Tarifa que figuraba en el documento que su madre firmó.

- Pero ella ni siquiera lo leyó.

- Eso no es culpa mía, señorita - me dijo en tono irónico.

- Pues tampoco es culpa mía que no tengamos la plata para pagarle su cuenta -, le respondí en un tono más irónico.

- Entonces se la tendrán que ver con nuestro abogado, pues el entierro ya se efectuó.

- ¡Pues nos la veremos! - le grité mientras le tiraba la factura sobre el escritorio. Cogí a mi madre de un brazo y salimos.

Camino a casa mi madre se quedó callada, como siempre que tiene alguna preocupación. Al llegar me dijo:

- Mija... ¿Y si perdemos la casa? Es lo único que tenemos.

- ¿Y por qué la perderíamos?

- Porque si ponen una demanda nos pueden quitar la casa.

Fue tanta la tristeza que vi en su rostro que decidí quedarme callada.

- Pidamos plata prestada - dijo al cabo de un rato.

- ¿Pero a quién? - le pregunté y continué -. Los bancos no le prestan sino a los que tienen plata.

- Me dijeron que don Juan, el de la tienda, presta plata al 5% mensual.

- ¡Pero eso es un robo!

- ¿Y qué podemos hacer? - dijo ella encogiendo los hombros, indicando que no tenían otra salida.

- ¿Y cómo pagaremos?

- Ya veremos.

- ¡No, mami! Con lo que gana Diana, a punta de bregas tendremos para vivir. Para pagar esa cuenta, tendré que salirme de la universidad y ponerme a trabajar.

- No veo otro camino, hija - me dijo casi inmediatamente, mostrando que hacía mucho rato había llegado a la misma conclusión.

Así fue. Conseguimos la plata prestada. Pagamos la cuenta de la funeraria y me puse a buscar trabajo. No es nada fácil encontrar empleo. Aunque no quería, en lo único que me aceptaban era para trabajar en bares. Decidí hacerlo en el que me pareció más decente. Aun con las propinas, sabía que me demoraría casi dos años en pagar la deuda y los altos intereses que generaba.

Dos meses después, conocí un muchacho, blanco, pelinegro, de ojos grandes, de cuerpo atlético. Era la primera vez que iba a ese bar. Conversamos mucho rato. Siguió yendo todos los días. Me alegraba mucho verlo llegar. Me prometió que me sacaría de allí, pues tenía un puesto en el cual ganaba muy buen dinero. Me fui enamorando. Después de cuatro meses insistiéndome, hice el amor con él. Lo seguimos haciendo casi diariamente.

- Amor, vámonos a vivir juntos - le dije en alguna ocasión.

- Espera un poco que estoy recogiendo unos pesos para que podamos vivir bien.

- Tu sabes que ahora no puedo disponer de dinero, pero una vez termine de pagar la deuda, podré hacerlo.

- ¡No! - me interrumpió -. Quiero que termines tu carrera. Te ayudaré para que puedas hacerlo.

Aunque tomábamos precauciones, un tiempo después quedé embarazada. No le noté alegría cuando se lo comenté. Me dijo que me respaldaría en la decisión que tomara. Pero poco a poco fue espaciando sus visitas al bar, hasta que nunca más volvió.

Seguí trabajando hasta el día que tuve que salir para la clínica, pues las contracciones estaban muy fuertes y seguidas.

Tuve un niño. Muy bonito. Es lo más lindo que tengo en la vida. Pero todo niño demanda gastos y yo aún no había terminado de pagar la deuda.

- ¡Deje de ser tan aliñada! - me dijo una compañera del bar - Usted es muy bonita y se puede conseguir muy buenos pesos "si le para bolas" a todos esos hombres que se mantienen haciéndole propuestas.

- ¿Quiere decir que me acueste con ellos por plata?

- Sí. ¡Eso mismo!

- No. Eso yo no lo hago - le respondí.

Sin embargo, por el desespero que tenía, la idea me quedó sonando. Decidí acostarme con el primero que me agradara y me ofreciera buena plata. Después lo he seguido haciendo con el que pague bien, aunque no me guste.

- ¿Yo le gusto? - pregunto él

- Usted no está mal - le dijo separándole la cabeza de sus piernas para levantarse. Ya había terminado su historia y se estaba haciendo muy tarde para conseguir otro cliente. Y agregé:

- Ya he hablado de mí. Hábleme de usted ¿En qué trabaja?

Él se sintió turbado. Respondió con dubitación.

- En un banco.

- ¿En cuál banco?

- No hablemos de eso - dijo él para cambiar de tema.

Se quedaron, entonces, en silencio. Mientras se vestían, él pensó para sí mismo que sucediera lo que sucediera, nunca le diría que trabajaba administrando la funeraria de su padre: El Buen Descanso.

EL PACTO

“Cuando considero la corta duración de mi vida, absorbida en la eternidad precedente y siguiente, el pequeño espacio que lleno, y aun que veo, sumergido en la infinita inmensidad de los espacios que ignoro y que me ignoran, me asusto y me asombro de verme aquí y no ahí, porque no hay ninguna razón para encontrarme aquí mejor que ahí, y por qué ahora y no antes. ¿Quién me ha puesto aquí? ¿Por orden y conducto de quién este lugar y este tiempo han sido destinados para mí? “

PASCAL

Sabía que esa noche no dormiría. Que sería igual a la noche cuando murió Juan. El fantasma del miedo lo acompañaría cada segundo y la noche se le haría eterna.

Tenía la sensación de que todos los familiares de María lo miraban como si él fuese el culpable. Pero lo que más lo incomodaba eran las miradas de la madre de María y de su propia madre. Parecían buscar alguna explicación.

Si uno se pone a analizarla detenidamente - dijo aquella noche Juan - la vida no vale la pena vivirla.

- ¿Por qué dices eso? - preguntó María.

- ¿Qué razón hay para vivirla? - replicó Juan y continuó dirigiéndose a sus dos jóvenes amigos -. ¿Creen ustedes que tiene algún sentido?

- Pues tampoco hay que ponerse a filosofar tanto - comentó Pedro -, simplemente uno se limita a vivirla y a tratar de disfrutar lo que más se pueda.

- ¿Y para qué? - preguntó Juan con cierto tono agresivo.

- Pues para nada especial - contestó Pedro sin pensarlo mucho -. Simplemente para vivir.

- Tanto problema que tiene uno que afrontar simplemente para después morirse. Pues para eso se muere uno de una vez - dijo Juan, en la primera vez en que hizo alusión al suicidio.

- Pues para decir verdad - interrumpió María sacudiéndose su larga cabellera negra -, yo también he pensado que no vale la pena vivir. Esta vaina es algo que nadie entiende.

¿Por qué y para qué estamos aquí? ¿Qué había antes que la humanidad existiera y qué habrá después de que pasen los siglos y los siglos? ¿Y qué pasa con cada uno de nosotros cuando morimos?

- ¡Desaparecemos! - interrumpió a su vez Juan.

- No creo - repuso Pedro -. Pienso que nuestro espíritu debe quedar como una forma de energía flotando en alguna parte, tal vez en eso que llaman cielo.

- Esos son sueños para no aceptar la realidad - dijo en tono sarcástico Juan -. ¡Olvídate! ¡Desaparecemos!

- ¿Qué hay más allá de las estrellas? - continuó con sus preguntas María -. Realmente somos impotentes para entender esto que se llama vivir.

- Y si somos realistas - le interrumpió Juan -, ni siquiera escogimos el haber nacido. Nacimos, pero... ¿por orden de quién tenemos que afrontar esta vida?

Durante más de una hora estuvieron hablando. Reflexionaron sobre el dolor, la muerte, la envidia, el odio, la desigualdad entre los seres humanos, la violencia, las restricciones que les imponía la sociedad, y sobre ese futuro que seguramente los haría sufrir, hasta que Juan hizo la propuesta.

- A la vista de todo lo que hemos hablado no vale la pena vivir. Entonces, tomemos la única decisión grande que podemos tomar: morir.

- ¿Quieres decir que nos suicidemos? - preguntó Pedro con lentitud

- Sí, eso quiero decir.

- A mí me suena la idea - dijo María encogiéndose de hombros.

- Pues a mí no me suena - dijo Pedro.

- A vos lo que te da es miedo - lo retó Juan.

- Sí, Juan. Me da miedo.

Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos. Al final Juan desvió la mirada hacia María.

- Dejemos a éste. Y hagamos un pacto entre tú y yo, María.

- ¡No sean locos! - interrumpió Pedro.

- ¡Déjanos tranquilos! - le cortó Juan -. Respeta lo que nosotros decidamos sobre nuestra propia vida.

- ¡Está bien! Les respeto eso. Pero esperen un tiempo, posiblemente cambien de idea.

- Yo creo que Pedro tiene razón - dijo María -. Pongámonos un año para cambiar de idea. De no ser así, al mes siguiente nos suicidamos.

- Está bien - dijo Juan y agregó -. Pero eso sí Pedro, calladito. Júranos que no le contarás a nadie.

- ¡Lo juro! - dijo Pedro entusiasmado por haber logrado sacar, lo que le pareció, un buen plazo.

- Y el pacto está abierto. Cuando quieras te unes a nosotros. Piénsalo bien - le dijo María.

Cuando se acostó no podía creerlo. Sus dos mejores amigos dentro de un año posiblemente se suicidarían. Se sentía impotente para impedirlo. Pero finalmente aceptó que era una decisión que tenía que respetar.

A los dos meses, una semana después de que su padre murió, Pedro se acogió al pacto. Antes del 11 de marzo del año siguiente podía retirarse.

Pero el 4 de marzo se fue de paseo y no pudo regresar ni comunicarse hasta el 12 de marzo, cuando Juan ya se había tomado el veneno.

- María - yo no quiero hacerlo, le dijo en el entierro.

- Ya es tarde Pedro. Hicimos un pacto. No podemos retirarnos - aseveró ella.

Pedro se quedó en silencio. Los días siguientes no pudo conciliar el sueño.

Dos semanas más tarde, su esbelta y sensual figura de mujer joven, volaba por el aire, en una caída de treinta y tres pisos para estrellarse en el pavimento.

Por eso aquella noche, él sabía muy bien, que todas las miradas y tal vez los pensamientos estarían fijos en él.

- Pedro, ¿qué pasó? - le inquirió su madre cuando regresaron a casa.

- No sé mamá - contestó esquivando la mirada.

- Pedro - le dijo ella tomándolo de los hombros y con lágrimas en los ojos -, dime que no vas a seguir por el mismo camino.

- No, mamá - dijo él sin energía.

- Pedro - continuó ella abrazándolo - Tú no sabes el dolor que eso causa. Tengo miedo de que ustedes hayan hecho un pacto. ¿Lo hicieron?

- No mamá, no lo hicimos - le respondió con la mirada baja.

- No te creo hijo. Mírame a los ojos - Y cuando él la miró -. ¿Lo hicieron?
¿Cierto?

- Sí, mamá - contestó después de morderse los labios -. Lo hicimos.
Ella palideció. Y lo abrazó con fuerza.

- No lo hagas hijo - le dijo con voz de angustia -. Olvida ese pacto maldito. La vida tiene cosas muy lindas. No te las pierdas, hijo. Apenas tienes dieciocho años, estás empezando a vivir. Te falta lo mejor de la vida.

El trató de soltarse, pero ella se aferró más fuerte a él. Y continuó:

- No te mates hijo. Si tienes problemas yo te ayudaré. Pero no te mates.
Prométeme que no te matarás.

Y siguió agarrada a él. Pedro se aferró a ella y empezó a llorar.

- Pero hice un pacto - balbuceó.

- Olvidalo. Ellos ya están muertos. Nadie lo sabrá.

- Lo sabrán ellos - replicó.

- No importa. Quedas tú Pedro. ¡No te mates!

Siguieron abrazados gimiendo por unos diez minutos más, hasta que ella desfallecida lo soltó.

Pedro, para tranquilizarla, le prometió que no lo haría.

Al amanecer cada uno se fue a su cuarto a acostarse. Pero Pedro no pudo conciliar el sueño. Sus pensamientos daban vueltas locas en su cerebro.

Una hora más tarde se levantó, cogió las tijeras grandes que guardaba en su escritorio. Había decidido hacerlo. Buscó en su billetera la foto que se habían tomado los tres cuando hicieron el paseo a Cisneros en tren. La miró detenidamente, mientras las lágrimas caían con lentitud por sus mejillas. Con la tijera la cortó en pedacitos. Y siguió viviendo.

TE MATARÉ

A Edgar Allan Poe

Seguramente el lector, como le pasó al jurado, pensará que mi versión es absurda. Por esta razón dejé pasar estas tres semanas, suplicio eterno cuando el desespero llena la mente y el cuerpo entero, sin decidirme a escribir. Sin embargo, en esta calma que tengo hoy, mi último día, al saber que la suerte está echada, he pedido estas hojas de papel y este bolígrafo que acaricio como mi último instrumento, para dejar el testimonio de hasta dónde pueden llegar la envidia, la saña y la perversidad de un ser humano.

Por otra parte, quiero que este escrito sirva para motivar la reflexión sobre la injusticia del castigo que me fue impuesto. Siempre se podrán amañar pruebas, crear testigos, hacer declaraciones para lograr que inocentes terminen ejecutados. Dirá el lector que mi rechazo a la pena de muerte es una reacción defensiva de último momento. Pero no es así. Siempre me pareció que podía prestarse a injusticias irreversibles. Pueden constatarlo en algunos de mis artículos aparecidos en El Pregón. En ellos recalaba sobre todo, el sufrimiento de un inocente a la espera de la ejecución definitiva. Tampoco este aspecto fue dejado de lado en la elaboración del maligno plan de que fui víctima.

Para que el lector pueda hacerse una idea completa de lo sucedido, contaré la historia desde su inicio.

Cuando la vi trotando, hace cinco años, en trusa deportiva y con tenis blancos, me enamoré de ella. Dirán que el amor a primera vista no existe, que solo existe el deseo. Pero cuando a uno se le atraviesa en el camino la mujer de sus sueños, el alma gemela que ha estado bus-cando por tanto tiempo, una inaudita sensación de calidez y desasosiego le recorre todo el cuerpo. A ella le pasó lo mismo. Fue ella quien tomó la iniciativa, con esa discreta manera de iniciar una conversación, al preguntarme la hora.

La nuestra no fue una de aquellas relaciones con interminables rodeos. Ambos sentíamos que no solamente el alma pide nutrirse de finos pensamientos sino que el cuerpo exige caricias, el roce de la piel contra la piel, la tibia demostración del más orgánico deseo.

Después de conversar el resto de la tarde, la invité a mi apartamento a tomar unas copas y a comer algo. Terminamos haciendo el amor. Para mi sorpresa descubrí que era su primera vez. En un éxtasis inigualable besé cada parte de su hermoso cuerpo.

- Vas a matarme -me dijo
- Te mataré -le respondí.

Respuesta que me hizo regresar momentáneamente a mi niñez, cuando empleando el índice y el pulgar formaba con mi mano una especie de pistola y apuntándola hacia otra persona, le decía "te mataré". Hasta que un día mi padre, en una explicación inusual para un niño de cinco años, me dijo:

- Nunca menosprecies la fuerza de las palabras. Si las empleas continuamente, llegan a transformarte y te encaminan a comportarte de acuerdo con lo que ellas expresan. -Y finalizó- ¿Realmente quieres matar a alguien, hijo?

- No, papi -le respondí.

Desde entonces no volví a utilizar esa expresión. Hasta aquella noche que, bajo el hechizo en que estábamos, brotó instintivamente.

Después del deliquio que normalmente acompaña dos cuerpos que comparten sus orgasmos, le conté sobre el comentario de mi padre. Se sonrió.

- Si es de esta forma, mátame cuando quieras.

A pesar de que ella vivía con sus padres y estaba terminando sus estudios de medicina, lo-graba sacar el tiempo adecuado para que pudiéramos vivir, desde ese día, la más apasionada relación que como hombre pude haber soñado. De piel bronceada, cabellos negros y largos, ojos claros, Andrea tenía la estatura de una diosa griega, un apasionamiento sin límites por la vida y la fogosidad de una hembra siempre en celo.

Abandoné a mis amigos y con ellos mi interés por la literatura y la astronomía; a mis padres y hermanos, a quienes en muy rara ocasión volví a ver; a mis compañeros de trabajo, con quienes limité mis relaciones a lo puramente laboral. Y me dediqué solamente a ella pues, extrañamente, mis ratos libres siempre coincidían con los suyos.

Cuando llegaba al apartamento que yo había conseguido cerca de la fábrica y del cual le había dado copia de la llave, ella estaba allí. Siempre hacíamos el amor con una mezcla de las ansias de la primera vez y de la nostalgia de quien piensa que es la última. Separamos era difícil, pero cada noche, antes de las diez, la llevaba a su casa. Así pasaron dos inolvidables años.

Una tarde, al llegar a la fábrica, fui llamado a la gerencia:

- Como eres el ingeniero químico de mejor trayectoria en la empresa, hemos decidido que seas tú quien vaya al curso en Milán sobre los últimos adelantos en los procesos farmacéuticos -me dijo el gerente.

Titubeé antes de agradecerle. Aquello significaba un importante paso en mi carrera profesional, pero a la vez, me obligaba a separarme de Andrea por un año. Estaba seguro de que ella no suspendería sus estudios de medicina para acompañarme.

- Será muy duro -finalicé al contárselo esa noche.

- Sí -dijo ella con voz entrecortada y agregó con una entereza singular-.

Nos servirá para probar que nuestro amor sobrepasa cualquier barrera.

Un mes después partí hacia Milán. Sentí desgarrarme por dentro y en los días siguientes, una continua opresión en el pecho hacía imaginarme un lento morir de mi alma.

Sin embargo, poco a poco me fui adaptando a mi nueva vida, hasta que ya eran solamente sus cartas las que detonaban los momentos de nostalgia. Empecé a disfrutar de una libertad renovadora.

En el curso conocí a Paola. También ingeniera química. Blanca, de cabellos negros, de nostálgica sonrisa y de tono alto al hablar, como buena italiana. Estudiábamos juntos. Le conté sobre Andrea y la tristeza de tenerla lejos. Me ayudó mucho. Me mostró Milán y sus alrededores, pero también algunos fines de semana la acompañé a Florencia, su ciudad natal. En algunas breves vacaciones viajamos juntos a Verona, Pisa y Roma. Amaba a Italia y era feliz mostrándomela. Sin embargo, fue en París, bajo el influjo mágico del recorrido nocturno por el Sena en bateau-mouche, que le di el primer beso. Clave para abrir las puertas a los deseos que se habían ido acumulando en nuestros cuerpos. Desde entonces, decidimos vivir juntos

en su apartamento. Dejé de escribirle a Andrea y nunca le informé sobre mi nueva dirección.

Antes de regresar, me casé con Paola en la iglesia del Duomo en Florencia. Pasamos unos días en Venecia y emprendimos el regreso.

Andrea se enteró de mi matrimonio por uno de mis hermanos. A mi regreso no intenté hablar con ella. No quería correr riesgos. Un año después supe que había finalizado sus estudios y que estaba haciendo su año rural en un lejano pueblo.

Como podrá advertir el lector, ella tenía suficientes razones para estar dolida. Por mi parte, he de reconocerlo, la seguía amando. Viví con ella un tiempo inolvidable. Pero era feliz con Paola. Felicidad que se vio aumentada cuando al año nació Paolo, nuestro hijo.

Así pasó el tiempo sin mayores sobresaltos, hasta esa tarde de junio de este año, en que la encontré cerca de la fábrica por lo que en ese momento creí era una casualidad, pero que ahora no lo creo así.

- Hola -le dije, tratando de disimular mí sobresalto
- Hola -me dijo suavemente, y continuó-: ¿Cómo has estado?
- Bien -me limité a responder-. ¿Y tú?
- Bien -lo dijo con cierta nostalgia.

- ¿Qué haces por aquí? -me atreví a preguntar mientras respiraba hondo tratando de aparentar indiferencia.

- Visitaba una amiga que vive allí cerca - y señaló una calle que se perdía a lo lejos.

Hubo un silencio lento y pesado. No encontraba palabras para continuar la conversación. Hasta que, con una sensual sonrisa, me hizo la invitación.

- Me gustaría verte -dijo mientras sacaba de su bolso un pequeño papel en blanco y anotaba al respaldo su número telefónico.

Mientras hacía esto permanecí callado.

- Aquí tienes. Llámame.

Y se alejó. Sentí un temblor en mi cuerpo. Estaba más bella que nunca.

Durante el mes siguiente la llamé varias veces, pero nunca me atreví a visitarla. A través de esas llamadas supe muchas cosas de ella, pero lo que más me inquietó era que vivía sola, que no tenía alguien a quien amar. Con cada llamada mi mente revivía infinitos detalles de todo lo que habíamos compartido. Las repetidas ocasiones en que me insinuó que la visitara incrementaban mi deseo.

Aquel día no pude resistirlo. La llamé al atardecer.

- Voy a ir esta noche -le dije.

- Ven -me respondió con esa voz sensual que tantas veces le había escuchado cuando hacíamos el amor.

Por reflejo, como válvula de escape para el deseo contenido, instintivamente le dije:

- Te mataré.

- Tú no eres capaz -me dijo con una voz seca que me sonó a desafío.

- Ya lo verás -afirmé con decisión.

Cuando llegué tenía un vestido blanco, muy ajustado, que permitía imaginar su extraordinario cuerpo. Me saludó con un beso en la mejilla, pero inmediatamente se retiró. Sentí deseos de abrazarla, pero me contuve. Intercambiamos unas pocas palabras, hasta que le dije:

- ¡Qué bonita casa!

- ¿Quieres conocerla?

Asentí.

- Primero que todo -dijo-, sube aquella ventana para que observes, aunque no tenga mucha luz, el gran jardín que tengo.

Continuamos luego, recorriendo la cocina, la zona de servicios, un cuarto donde tenía la biblioteca, hasta que llegamos a su alcoba. Se sentó en la cama y cruzó las piernas. Me invitó a que me sentara a su lado. Tímidamente lo hice.

- ¿Sabes que te he extrañado mucho? -me dijo.

- Yo también -le respondí con sinceridad.

- Pero nunca como yo lo he hecho -me dijo acariciándome la cara con una extraña ternura, mientras acercaba la suya para darme un beso.

No pude contenerme. Fundidos uno al otro en ese beso del reencuentro, nos revolcamos en la cama y cuando nos caímos, sin separar nuestras bocas, continuamos en el suelo. No pareció importarle que se rasgara su vestido, ni que la lámpara, los libros y todo el contenido de su bolso, rodarán por el piso.

Cuando interrumpimos ese beso, nos miramos y nos echamos a reír.

- Organicemos todo -le dije al mirar el enorme desorden en que habíamos dejado su cuarto.

- No, dejémoslo así -dijo con voz enfática-. Así podremos continuar -Y agregó-. Quitate el saco. Bastante arrugado te ha quedado. Lo pondré en el perchero.

Me lo quitó. Ella salió con él hacia el salón principal. Yo permanecí sentado en la cama, observando todo, complacido de estar allí. Se demoró un poco, pero llegó con dos vasos en la mano.

- Te traigo un vaso de whisky que más te gusta. Yo me tomaré este vino rojo seco, que sé que es lo que más detestas -dijo, mostrándome que aún recordaba mis gustos.

- Brindemos -dije entonces y me tomé un gran sorbo, mientras ella apenas acarició sus labios con el vino y lo puso en la mesa de noche. Yo coloqué mi vaso de whisky junto a su copa. Y la abracé de nuevo.

Lentamente, como en un rito, la desnudé y luego ella me desnudó. Nuestros cuerpos se besaron. Volvimos a ser los mismos de la primera vez. Penetré en ella, contorneándonos como si quisiéramos fundirnos definitivamente.

Cuando estábamos a punto de llegar al clímax, ella, que estaba sobre mí, cesó su movimiento. Y tomando su copa, dijo:

- ¡Brindemos por la magnífica embriaguez que llega!

Me pasó el vaso de whisky. Oímos el sonido de una campana que anunciaba un nuevo tiempo. Y bebimos. Yo un pequeño sorbo y ella todo su vino.

Luego, reanudó con gran fuerza el voluptuoso movimiento, hasta que ambos lanzamos un quejido, signo del máximo placer cuando dos cuerpos se aman. Cayó sobre mí y se quedó en silencio, como tantas veces lo había hecho.

Esta vez ese silencio se hizo eterno. Al cabo de un buen rato noté que no sentía su respiración. Me separé. Le di vuelta. Traté de reanimarla boca a boca, pero fue inútil.

No sabía qué hacer, ni a quién llamar. Pensé en Paola y en el niño, en la tragedia que para ella representaría si se diera cuenta. Busqué alternativas desesperadamente. Opté por salir en silencio y lo más rápidamente posible.

Habían pasado cuatro días y me sentía más tranquilo, cuando la policía llegó a la fábrica y me detuvo.

- ¿Qué pasó? -pregunté angustiado.
- Está acusado de asesinato -me dijo uno de ellos.
- ¿De asesinato? -exclamé extrañado.
- Sí. Del asesinato de Andrea Silva.
- ¿Cómo? -exclamé y agregué haciendo un esfuerzo para mostrar ignorancia- ¿Está muerta?
- ¡Sí! -me dijo el más viejo de ellos y poniéndome su dedo índice en el pecho prosiguió-. ¡Y el asesino es usted!
- ¡No! ¡Eso no es cierto! -grité frente a la mirada atónita de mis compañeros de trabajo.

Me sacaron a empellones.

Luego vino el juicio. Mis huellas digitales me involucraban en el hecho. La ventana abierta y el cuarto desordenado eran claros indicios de lo que, para ellos, allí había pasado. Fue enorme el dolor y el desprecio de Paola, quien se enteró por mi declaración de todo lo que yo había hecho. Pero decir la verdad era mi única posibilidad de defensa.

De nada sirvió. Como prueba, el fiscal mostraba los restos de la rojiza sustancia que hallaron en uno de los bolsillos interiores del saco que había utilizado ese día, que era la misma de la cual hallaron restos en la copa de vino y que fue la causante de la muerte de Andrea. Pero lo que más movió al jurado a condenarme por violación y muerte premeditada, fue el casete que hallaron en la grabadora que estaba junto al teléfono, donde se alcanzaba a oír mi voz diciendo solamente:

- "Te mataré".
- "Tú no eres capaz" - respondía secamente Andrea.
- "Ya lo verás".

SABOR A DIOS

Uno podría decir que los pueblos no olvidan sus antiguas costumbres. Aunque no las practiquen las llevan metidas en la sangre, como una especie de memoria colectiva de donde surgen inesperadamente los recuerdos.

Cuando las sierras a motor empezaron su roncoteo, para talar los árboles a la orilla del gran río, los habitantes de la selva comprendieron que habrían de tener nuevos vecinos y que los movimientos de gente, que habían observado el día anterior, no eran pasajeros. Habían venido a quedarse definitivamente.

- No son iguales - comentaron varios indígenas al comparar los recién llegados con los colonos que habían venido con sus familias y a punta de hachas le habían hurtado un espacio a la selva.

- Algo distinto está ocurriendo - dijo el más anciano de la tribu, empleando el dialecto que desde sus orígenes tuvieron y que se había ido perdiendo día tras día con el uso del idioma español. Los pequeños no entendieron sus palabras pero comprendieron lo que quería decir. En el ambiente se difundía una energía extraña, una singular sensación que acongojaba el alma.

Durante los tres meses siguientes, los sonidos de las sierras, de los cepillos de madera, de los martillos contra los clavos, del motor de la planta eléctrica y de las lanchas a motor, reemplazaron la acostumbrada sinfonía del viento contra las hojas y de los pájaros en las copas de los árboles.

- Están necesitando gente para trabajar. Creo que es una buena oportunidad para ganarnos unos pesos - le dijo Miguel Antonio a Juan Pablo.

Ambos habían llegado a vivir en la selva cinco años atrás. En el poco terreno que le habían quitado a ella se instalaron y con el sustento de la pesca, los plátanos y la carne de uno que otro animal que cazaban, estaban levantando a sus familias.

- ¿Y qué es lo que están construyendo? - preguntó Juan Pablo.

- Dicen que es una estación para estudiar la selva.

- ¿Y qué es lo que estudian de ella?

- Yo no sé... Me imagino que los árboles y los animales - contestó Miguel Antonio y agregó un poco ofuscado con las continuas preguntas de su amigo - De todas formas eso no es lo importante. El punto es que nos podemos ganar unos cuantos pesos.

La mayor parte de los colonos que vivían en las cercanías trabajaron en la construcción de la estación. Y algunos indígenas también.

- Es un buen tipo - dijo alguien, refiriéndose a Julio Cesar Gaviria, quien al parecer era el dueño de todo lo que estaban construyendo.

- Sí. - afirmó otro -. Al menos nos ha dado trabajo y nos está pagando bien.

- Escuché que todo lo está costearo el gobierno - dijo un tercero -. Que hay un Instituto dueño de esto y que recibe ayuda directamente del Congreso.

- Parece que el papá de don Julio es senador - dijo el primero y añadió -. Y que posiblemente venga a la inauguración.

Cuando terminaron, mirada desde el aire la estación, con sus techos de paja, era un minúsculo punto en ese enorme manto verde de la selva, en donde se dibujan los hilos serpenteantes de los ríos y las claras manchas de las lagunas, como aquella que quedaba a unos trescientos metros detrás de ella. Sin embargo, en sus quince habitaciones tenía suficiente capacidad para alojar unas cuarenta personas. Contaba también con un gran salón para reuniones, una amplía cocina, una planta eléctrica de muy buena capacidad, un tanque grande para combustible, varias jaulas para animales, dos lanchas a motor y un equipo de radio comunicación de suficiente potencia para comunicarse hasta la capital del país.

Para la inauguración llegaron una decena de congresistas, entre ellos el padre de Julio Cesar, y unas ochenta personas más. Nunca, en los alrededores, se había visto junta tanta gente de la ciudad. Algunos se hospedaron en las habitaciones. Otros en las carpas de campaña que para la ocasión habían levantado. El obispo fue desde la capital del departamento, a unas tres horas por río, a officiar la santa misa. Hubo fiesta para todos, incluyendo a los colonos y a los indígenas que habían trabajado en su construcción.

La celebración duró todo ese fin de semana. El lunes por la mañana se marcharon los últimos invitados.

- Mañana mismo empezaremos a trabajar - dijo Julio Cesar nuevamente dando muestras de su ya demostrado dinamismo.

Y así lo hicieron. El, con su barba sin afeitarse, salió temprano. Acompañado de los cinco ayudantes que había traído de no se sabe dónde, puso cerca de un centenar de trampas para animales. Ese mismo día lograron atrapar a un guacamayo y a un mico. En los días siguientes, serpientes, aves,

mamíferos de diversas especies, fueron cayendo en las trampas o eran cogidos al ser alcanzados por los dardos somníferos.

Quince días después empezó a llegar la avioneta. Acuatizando en la laguna que quedaba cerca, sirvió día tras día para llevarse en su vientre todo tipo de animales, sea vivos o embalsamados.

- ¿Para dónde se llevan los animales, don Julio? - se atrevió a preguntar Juan Pablo, alguna vez que pasó por allí y Julio Cesar lo invitó a tomar un café.

- Para diversas partes - le respondió incómodo Julio Cesar. Y agregó con rapidez -. Son para estudio por parte de muchos científicos.

- ¿Va a necesitar más?

- Sí. Muchos más - respondió Julio Cesar pensativo.

- Si le interesa, nosotros podemos conseguirle muchos - le propuso Juan Pablo, haciendo referencia al grupo de colonos que vivían en la zona.

- Me interesa. Los quiero vivos o muertos - afirmó Julio Cesar y esgrimiendo una amplia sonrisa continuó -. Se los pagaré a muy buen precio. Claro está, les daré más dinero por los que estén vivos y no estén heridos.

Así fue como muchos de la región se pusieron a atrapar cuanto animal se les atravesaba. Hasta diversas variedades de insectos eran de particular interés para Julio Cesar y su gente.

- La selva se va a quedar sin animales y eso no es bueno - afirmó uno de los colonos que había rehusado meterse en ese tipo de trabajo.

- ¡No seas pendejo! - le replicó otro -. No ves que estamos consiguiéndonos unos buenos pesos.

- ¿Y para qué? - le cuestionó el primero.

- Para comprar ropa y algunos alimentos de los que casi nunca comemos.

- ¿Y con eso viviremos mejor? - insistió el primero

- ¡Pues claro que sí! - afirmó con rapidez el segundo.

Al ver que no había posibilidad de convencerlo, prefirió quedarse en silencio, con la mirada triste, rumiando sus propios pensamientos.

Ese año, día tras día la selva fue perdiendo más y más animales. Julio Cesar, con sus ayudantes y los colonos atraparon miles de animales que fueron enviados lejos. Ningún indígena atrapó un animal para venderlo. Observaban con rabia y en silencio.

- No es bueno lo que están haciendo - dijo el jefe de la tribu -. Todo animal es nuestro hermano. Ellos también son parte del espíritu de la selva, y en ella deben permanecer.

- Con ellos ha llegado el “yureo” a arruinar el equilibrio de nuestra madre selva - dijo el más anciano en su dialecto.

Desde que empezaron a atrapar y a matar animales, solamente Yagu se quedó trabajando con ellos, haciendo el aseo.

- No lo haga - le recomendó Juan Pablo -, no mate al bufeo. Es un animal tranquilo y muy inteligente.

- Llevo varios días tratando de cogerlo. ¡Aunque sea muerto quiero tenerlo! - le respondió Julio Cesar con desespero.

- Es un dios para ellos - le comentó Juan Pablo, refiriéndose al significado que para los indígenas tiene el delfín rosado o bufeo -. Le ayuda al chamán a eliminar las enfermedades de tipo espiritual, a luchar con el “yureo” o diablo y a instaurar la armonía.

- No les tengo miedo - afirmó Julio Cesar, conociendo lo pacíficos que eran los indígenas de la región. Y sin dudarlo dos veces, aprovechando que el delfín debe salir a la superficie a respirar por el pequeño orificio situado en su lomo, disparó tres veces cuando lo vio asomar. El animal se hundió de nuevo.

- ¡Le di! - gritó Julio Cesar con excitación, mientras puso el rifle en un costado de la lancha - ! Esperemos un poco, que él debe flotar!

Efectivamente. Pocos segundos después el cuerpo de unos dos metros con setenta centímetros de longitud y unos doscientos kilos de peso, emergió sin vida flotando en el río.

Llegaron hasta él. Clavándole un gancho grande de acero, lo arrastraron hasta la orilla. Entre siete lograron cargarlo y llevarlo al salón grande.

Allí se pusieron todos a tomar aguardiente para celebrar la caza que don Julio había hecho.

- ¿Y qué piensa hacer con él? - le preguntó Juan Pablo.

- Lo embalsamaremos. Me pagarán bien por él - le respondió Julio Cesar y adicionó riendo -. Y la carne nos la podremos comer. Como es carne de dios, dioses seremos.

- Yo no comeré de esa carne - dijo Juan Pablo - le tengo respeto.

- Pues comerá quien quiera convertirse en dios - le interrumpió Julio Cesar, con amplia carcajada -. Y quien no quiera podrá quedarse en este ambiente terreno.

Yagu, quien pasaba desapercibido a causa de su silencio, escuchó la conversación y sintió una mezcla de miedo y de rabia, de tristeza y desespero.

Tomaron una parte de la carne del delfín para preparar un zancocho con plátanos, yuca, y un poco de papa que habían traído del pueblo. El resto la pusieron a secar junto al fuego.

Ni Yagu, ni ninguno de los colonos de la región que laboraban en la estación, comieron. Solamente don Julio y sus cinco ayudantes lo hicieron. En la noche retumbaban las risas y los comentarios sobre la divinidad que estaban adquiriendo.

Amparado por la oscuridad, Yagu salió en una de las canoas a remo.

Al día siguiente, cuando apenas el sol se levantaba, llegaron ellos. Unos habían venido en canoa, otros a pie por los senderos que atraviesan la jungla. Nunca se habían visto a tantos juntos. Podrían ser unos trescientos. No tuvieron tiempo de reaccionar. Cuando menos pensaron Julio Cesar y sus cinco ayudantes estaban amarrados. Juan Pablo y los otros colonos no pudieron hacer nada. Tampoco lo intentaron. La profunda mirada de odio de los indígenas les indicó que era mejor quedarse quietos. Asustado Julio Cesar gritaba:

- ¡Indios hijueputas! ¿Qué es lo que están haciendo?

Pero los indios no respondieron nada. Les amarraron un trapo en la boca para que no gritaran. Sacaron a todos de la estación y le prendieron fuego. El calor se sentía fuerte cuando montaron a Julio Cesar y sus cinco ayudantes en las canoas. Se los llevaron al único caserío que tienen, pues la gran mayoría viven dispersos en la selva.

El viaje fue de una hora. Al llegar, los ataron a diferentes árboles.

Como estaba llena de polvo y hasta de telarañas, una vez la ubicaron donde querían, empezaron a limpiarla cuidadosamente. Hacía más de un

siglo no la utilizaban, desde que un misionero jesuita había convencido a sus antepasados de que comer hombres no era bueno.

Pero los pueblos no olvidan sus antiguas costumbres. Aunque no las practiquen, las llevan metidas en la sangre, como una especie de memoria colectiva de donde surgen inesperadamente los recuerdos. Esta vez, entremezclados con el eterno sueño de los humanos... ¡de volverse dioses!

Este texto se terminó de imprimir
en el mes de febrero de 2020.
Se utilizó la fuente HelveNueThin
de 11 y 14 puntos
todograficas92@gmail.com
Medellín - Colombia
